

The background of the cover is a detailed illustration of a Victorian street at night. The street is wet and reflects the light from street lamps and buildings. On the right, there are large, ornate brick buildings with Gothic-style windows. In the distance, a tall, dark church spire rises against a dark, cloudy sky. A full moon is visible in the upper left quadrant of the sky.

EDWARD BULWER-LYTTON

*La casa y el cerebro*

*Un relato victoriano de fantasmas*

*Traducción de Arturo Agüero Herranz*

Lovecraft se refirió a *La casa y el cerebro* como uno de los mejores relatos de casas encantadas jamás escritos. Y Lafcadio Hearn afirmó que estamos ante la mejor historia de fantasmas creada en lengua inglesa, pues reproduce con asombrosa fidelidad las vivencias de una auténtica pesadilla.

*La casa y el cerebro* se considera una pieza maestra de la literatura sobrenatural. El narrador de esta desasosegante fábula de fantasmas, desoyendo los consejos de sus allegados, decide pasar una noche, junto con su criado y su perro, en una casa encantada situada en Londres, de la que todos los demás huyen despavoridos. Allí, tal y como él esperaba, asiste a una serie de apariciones espeluznantes y descubre, a través de unas cartas, que la casa, muchos años atrás, fue el escenario de unos horribles crímenes. El secreto de todo parece encerrarse en una habitación vacía. Conectada a esta, la voluntad de un ser inmortal y perverso, uno de los que tuvo que ver con la casa en el pasado, ha creado y gobernado a distancia los extraños fenómenos.



Edward Bulwer-Lytton

# La casa y el cerebro

Un relato victoriano de fantasmas

ePub r1.1

Deruma 31.03.14

más libros en [epubgratis.net](http://epubgratis.net)

Título original: *The Haunters and the Haunted; or, The House and the Brain*  
Edward Bulwer-Lytton, 1859  
Traducción: Arturo Agüero Herranz  
Diseño de portada: Daruma  
Editor digital: Daruma  
ePub base r1.0

# INTRODUCCIÓN

## UNA PIEZA MAESTRA DE LA LITERATURA SOBRENATURAL

por Arturo Agüero Herranz

La *Encyclopaedia Britannica* describe de la siguiente manera a Edward Bulwer-Lytton: «Político, poeta y crítico británico, a quien se recuerda sobre todo, sin embargo, como prolífico novelista. Sus libros, aunque de otra época, siguen siendo de muy grata lectura, y las experiencias del autor prestan a sus escritos un interés histórico inusual». Edward nació en Londres el 25 de mayo de 1803, el menor de los tres hijos varones del general William Earle Bulwer, que falleció cuando el autor tenía cuatro años, y Elizabeth Barbara Lytton, heredera de Hertfordshire. En 1820 publicó su primer libro de poemas, *Ismael: An Oriental Tale, with Other Poems*, a imitación de Byron. Ingresó en Cambridge en 1822, donde coincidió en las aulas con Thomas Macaulay, autor de una célebre Historia de Inglaterra, así como de los *Critical and Historical Essays*, los cuales juegan un relevante papel en la narración breve que el lector tiene ahora en las manos. Tras diplomarse, se instaló en Londres y frecuentó la sociedad en calidad de *dandy*. Durante una fiesta nocturna conoció a la irlandesa Rosina Doyle Wheeler. Se casaron en 1827 y tuvieron dos hijos: Emily y Robert, el cual llegaría a ser gobernador general y virrey de la India británica. Debido a los lujosos gastos del matrimonio, que ascendían a las tres mil libras anuales, y a que la madre del escritor le había retirado a este su asignación por no aprobar el enlace con Rosina, Edward se convirtió en un fecundo y exitoso autor, en la misma o mayor medida que un Dickens o un Thackeray. Edmund Gosse dijo: «Todo cuanto escribía se vendía como si fuera pan ofrecido a una multitud hambrienta». A lo largo de los siguientes años publicó novelas, poemas, obras de teatro, ensayos, cuentos, traducciones y volúmenes de historia. También editó el *New Monthly Magazine* y colaboró para otras revistas. A esto habría que añadir su carrera política, ya que a partir de 1831 fue durante once años miembro del parlamento, como Whig Radical; más adelante, entre 1852 y 1866, tendría una segunda etapa parlamentaria en las filas conservadoras.

El matrimonio de Edward y Rosina resultó no solo un fracaso, sino además un auténtico escándalo. Se separaron enconadamente tras un viaje a Italia en 1833-34, separación que se hizo legal en 1836. Rosina denunció públicamente y en diversos escritos o libelos el carácter y comportamiento de su marido. Él amenazó a sus editores, le retiró su asignación y le negó ver a sus hijos. Incluso hizo que ingresara en un sanatorio mental, del que ella salió al cabo de unas semanas. Así lo relata Rosina en sus memorias, *A Blighted Life*. Durante años no cejó de atacar a su marido, y finalmente lo sobrevivió.

La madre del autor, Elizabeth, falleció en 1843. Al año siguiente, de acuerdo con la voluntad materna, Edward cambió su apellido de Bulwer a Bulwer-Lytton y acogió las armas heráldicas de Lytton gracias a una licencia real. En 1866 ascendió a la nobleza como primer Barón Lytton. Para entonces, su fama de estadista y escritor era tal que en 1862, tras la abdicación del rey Otto de Grecia, le había sido ofrecida la corona griega, que él rechazó.

De natural desconfiado y reservado, Bulwer-Lytton sufrió durante sus últimos años una progresiva sordera que lo fue apartando del ojo público. Dividía a solas el tiempo entre la campiña, en su casa ancestral de Knebworth, y los balnearios del continente. Luego fijó su residencia en Torquay; y allí falleció el 18 de enero de 1873. Se cree que la causa de su muerte fue una infección del oído que le afectó al cerebro y ocasionó un ataque. Recibió sepultura en la Capilla de St. Edmund, junto al Rincón de los Poetas, en la abadía de Westminster.

Pese a sus diferencias de temperamento y, según fueron pasando los años, políticas,

Bulwer-Lytton mantuvo una firme amistad con Charles Dickens. Fue el padrino del décimo y último hijo de Dickens, que recibió los nombres de Edward Bulwer Lytton, y a quien el autor de *David Copperfield* apodó simplemente «Plorn». Es famosa la anécdota de que fue Bulwer-Lytton quien persuadió a Dickens para que cambiase el primer (e infeliz) final de su novela *Great Expectations*. Entre sus otras amistades literarias se contó el también político —que sería primer ministro de Gran Bretaña— Benjamin Disraeli. Bulwer-Lytton admiraba al padre de este, Isaac Disraeli, cuyos ensayos reunidos bajo el título *Curiosities of Literature* se mencionan, como el lector verá, en un pasaje de «The Haunters and the Haunted».

La extensa obra narrativa de Edward Bulwer-Lytton abarca casi todos los géneros populares de su época. Novelas de la alta sociedad, o «silver fork novels», como *Pelham; or, The Adventures of a Gentleman* (1828), su primer éxito, que inauguró una duradera moda en los trajes masculinos de noche, pues su protagonista favoreció el uso del color negro. Novelas de criminales, o «Newgate novels», que anticipan a las policíacas de Wilkie Collins, como *Paul Clifford* (1830), célebre por su primera y, al parecer, infame frase: *It was a dark and stormy night* [Era una noche oscura y tormentosa], la cual repetirá el serio, hierático Snoopy ante su máquina de escribir en las tiras de Charlie Brown, y que ha dado origen a un satírico concurso de primeras malas frases (Bulwer-Lytton Fiction Contest). Novelas históricas, como *The Last Days of Pompeii* (1834) y *Rienzi; or, The Last of the Roman Tribunes* (1835), que inspiró a Wagner su ópera. Novelas filosóficas sobre jóvenes en busca del sentido de la vida, como *Godolphin* (1833). Novelas sobre la vida doméstica de la clase media, como *The Caxtons* (1849)...

Dignas de mención aparte son sus contribuciones al género sobrenatural y fantástico. El propio Bulwer-Lytton, al igual que muchos creadores de su tiempo, se interesó por el ocultismo y perteneció a sociedades secretas; la Sociedad Rosacruziana inglesa, fundada en 1867, lo reivindicó como su «Grand Patron». En *Zanoni* (1842), que versa sobre un eterno hermano rosacruziano, vivo y joven desde la civilización caldea, quien no puede enamorarse sin perder su inmortalidad, se introduce la enigmática figura del «Dweller on the Threshold» («el Morador del Umbral»). En *A Strange Story* (1862), la misma voluntad perversa de «The Haunters and the Haunted» se encarna en Margrave, un maligno personaje que desea vivir por siempre. *The Coming Race* (1871), acerca de una raza subterránea que espera apoderarse de la superficie terrestre —y cuya arma es una misteriosa energía cinética llamada «Vril», un «fluido que lo impregna todo»—, ha quedado como anticipo del género de ciencia ficción y de las sátiras utópicas de Butler, Huxley y Orwell.

La narración breve que el lector se dispone a leer, «The Haunters and the Haunted; or, The House and the Brain», se considera, sin lugar a dudas, una pieza maestra de la literatura sobrenatural. Suele incluirse en las antologías de lengua inglesa del género, y tal vez sea la obra literaria más lograda de su autor. Se publicó por vez primera en 1859, aunque luego reapareció en una versión mucho más corta que eliminaba la última parte del texto, ahí donde se empieza leyendo: «Pero mi historia aún no ha terminado». El autor suprimió este episodio final por temor a que pudiera interferir, por su semejanza, con la trama de *A Strange Story*.

El relato es extraordinario y muy ameno. De él dice Lovecraft en su clásico ensayo *Supernatural Horror in Literature*: «“The House and the Brain”, que alude al rosacruzianismo y a cierta figura maligna e inmortal sugerida acaso por Saint-Germain, el misterioso cortesano de Luis XV, aún perdura como uno de los mejores relatos de casas encantadas que se han escrito». Y Lafcadio Hearn, en una conferencia titulada «The Value of the Supernatural in Fiction», incluida en el segundo volumen de *Interpretations of Literature*, añade: «Les mencioné el otro día una narración breve de Bulwer-Lytton [«The Haunters and the Haunted»] calificándola como la mejor historia

de fantasmas en lengua inglesa. Es el mejor cuento de ese género porque reproduce con asombrosa fidelidad las vivencias de una pesadilla. El terror de los grandes cuentos sobrenaturales es el terror de una pesadilla proyectado dentro de la consciencia despierta».

El argumento gira en torno a una casa encantada, en Londres, donde voluntariamente se introduce el narrador, junto con su criado y su perro, y asiste a una serie de apariciones espeluznantes. Se descubre, a través de unas cartas, que la casa fue muchos años atrás el escenario de unos crímenes. El secreto de todo parece encerrarse en una habitación vacía. Conectada a esta, la voluntad de un ser inmortal y perverso, uno de los que tuvo que ver con la casa en el pasado, ha creado y gobernado desde la distancia los extraños fenómenos.

Esta traducción de «The Haunters and the Haunted; or, The House and the Brain» se ha hecho a partir del texto incluido en *Great Tales of Terror and the Supernatural* (edición de Phyllis Cerf Wagner y Herbert Wise, The Modern Library, New York, 1994), donde se sigue la versión original y completa del relato de Bulwer-Lytton, publicada en la revista *Blackwood's Magazine* en 1859.

ARTURO AGÜERO HERRANZ

**LA CASA Y EL CEREBRO**  
**Un relato victoriano de fantasmas**





Un amigo mío, que es hombre de letras y filósofo, me dijo un día como entre bromas y veras:

—¡Figúrate! Desde que nos vimos por última vez, he descubierto una casa encantada en mitad de Londres.

—¿Realmente encantada? ¿Y qué había...? ¿Fantasmas?

—No puedo contestar a esas preguntas; lo único que sé es esto: hace seis semanas mi mujer y yo estábamos buscando un piso amueblado. Al pasar por una tranquila calle, leímos en la ventana de una de aquellas casas el anuncio: «Apartamentos amueblados». La ubicación nos satisfizo; entramos en la casa, nos gustaron las habitaciones, las alquilamos por una semana y las abandonamos al tercer día. Nada ni nadie habría convencido a mi mujer de que se quedase más tiempo; y no me extraña.

—¿Qué visteis?

—Disculpa; no deseo que se burlen de mí y me tachen de soñador supersticioso, ni tampoco podría solicitar que aceptes bajo mi testimonio lo que tú, sin la evidencia de tus propios sentidos, tendrías por increíble. Déjame decirte solo una cosa: más que lo que vimos u oímos (respecto a eso, supondrías con justicia que éramos víctimas de nuestra imaginación alterada o de la impostura de otros), lo que nos ahuyentó fue un terror indefinible que nos atenazaba a ambos al pasar junto a la puerta de cierta habitación vacía en la que ninguno de los dos vio ni oyó nada; y lo más asombroso y extraño es que, por primera vez en mi vida, estuve de acuerdo con mi esposa, pese a lo estúpida que sea, y admití tras la tercera noche que era imposible permanecer una cuarta en aquella casa.

»En consecuencia, la cuarta mañana llamé a la mujer que se encargaba de la casa y nos atendía, y le dije que las habitaciones no eran del todo satisfactorias para nosotros, así que nos iríamos sin finalizar nuestra semana. Ella respondió secamente:

—Sé la razón; se han quedado ustedes más tiempo que los demás inquilinos. Pocos pasaron una segunda noche; nadie, antes, la tercera. Pero supongo que ellos han sido muy amables con ustedes.

—¿Ellos...? ¿Quiénes? —pregunté fingiendo una sonrisa.

—Bueno, los que rondan la casa, quienesquiera que sean; yo no les presto atención. Me acuerdo de ellos hace muchos años, cuando también vivía en esta casa, y no como una sirvienta; pero sé que algún día acabarán conmigo. No me importa... Soy ya vieja y, de todas formas, he de morir pronto: y entonces estaré con ellos, y seguiré en esta casa.

La mujer hablaba con una parsimonia tan lúgubre que, realmente, una especie de temor me impidió charlar con ella más por extenso. Le aboné la semana entera, y mi mujer y yo nos pusimos contentísimos de marcharnos a tan bajo precio.

—Excitas mi curiosidad —dije—; nada me agradaría más que dormir en una casa encantada. Por favor, dame la dirección de esa que abandonaste tan ignominiosamente.

Mi amigo me dio la dirección y, cuando nos separamos, me encaminé derecho hacia la casa.

Se encuentra al lado norte de Oxford Street, en una arteria desangelada pero respetable. Estaba cerrada; no vi ningún anuncio en la ventana y no obtuve respuesta al llamar. Mientras ya me iba, un mozo de cervecero, que recogía jarras de peltre en el vecindario, me dijo:

—¿Busca a alguien en esa casa, señor?

—Sí, tengo entendido que se alquila.

—¡Alquilarse! Vaya, la mujer que estaba a cargo de la casa murió; tres semanas hace que lleva muerta, y no han podido encontrar a nadie que ocupe su lugar, aunque Mr.

J\*\*\* ofreció una bonita suma. Ofreció a mi madre, que limpia para él, una libra a la semana solo por abrir y cerrar las ventanas, y ella no quiso.

—¡No quiso! ¿Y por qué?

—La casa está encantada; y a la vieja que estaba a cargo la encontraron muerta en su cama con los ojos abiertos de par en par. Dicen que el diablo la estranguló.

—¡Bah! Has mencionado a Mr. J\*\*\*. ¿Es el dueño de la casa?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En G\*\*\* Street, número \*\*\*.

—¿Qué es? ¿Tiene algún negocio?

—No, señor, nada en particular; un caballero soltero.

Ofrecí al mozo de las jarras la propina que se había ganado por su generosa información y me dirigí a ver a Mr. J\*\*\* en G\*\*\* Street, próxima a la calle que se jactaba de tener una casa encantada. Allí tuve la fortuna de hallar dentro a Mr. J\*\*\*, un hombre de edad avanzada, con el rostro inteligente y atractivos modales.

Le comuniqué mi nombre y mis intenciones con toda franqueza. Dije que, según había oído, la casa estaba supuestamente encantada; que sentía un intenso deseo de examinar una casa con una reputación tan equívoca; que me consideraría muy agradecido si me permitiese alquilarla, aunque solo fuera por una noche. Y no me importaba pagar por tal privilegio la suma que él quisiera pedir.

—Señor —dijo Mr. J\*\*\* con gran cortesía—, la casa está a su disposición durante el tiempo, más o menos largo, que guste. Olvidémonos del alquiler. El agradecimiento será mío si es usted capaz de descubrir la causa de los extraños fenómenos que en el momento actual la privan de todo su valor. No puedo alquilarla porque no puedo conseguir siquiera una criada que la mantenga en orden y conteste a la puerta.

»Desgraciadamente, la casa está encantada, si puedo usar esa expresión, tanto de noche como de día; aunque por la noche los trastornos adquieren un carácter más desagradable y, en ocasiones, alarmante. La infeliz anciana que falleció allí hace tres semanas era una indigente a la que yo mismo saqué de un asilo de pobres; en su niñez había tenido trato con algunos miembros de mi familia, y una vez se vio en circunstancias tan favorables que había alquilado esa misma casa a mi tío. Era una mujer de educación distinguida y mente poderosa, y fue la única persona a la que logré persuadir de que permaneciera allí. En realidad, desde su muerte, que fue repentina, y las pesquisas del juez de instrucción, que dieron mala fama a la casa en todo el barrio, he desesperado de encontrar a una persona que se encargue de ella, mucho más a un inquilino, y de buen grado la alquilaría gratis por un año a cualquiera que pague las tasas e impuestos.

—¿Hace cuánto tiempo que la casa adquirió esa reputación?

—No sabría decírselo con certeza, pero muchos años; la anciana a la que me he referido decía que ya estaba encantada cuando ella la alquiló, hará entre treinta y cuarenta años. El caso es que mi vida ha transcurrido en las Indias Orientales y en el servicio civil de la East India Company.

»Regresé a Inglaterra el año pasado, después de heredar la fortuna de un tío entre cuyas posesiones se hallaba la casa en cuestión. La encontré cerrada y sin ocupar. Me dijeron que estaba encantada y que nadie quería vivir allí. Sonreí ante lo que me pareció un cuento absurdo.

»Gasté algún dinero en repintarla y techarla, añadí a su mobiliario anticuado varias piezas modernas, la anuncié y obtuve un inquilino por un año. Era un coronel retirado con media paga. Entró a vivir junto con su familia, un hijo y una hija, y cuatro o cinco criados: todos abandonaron la casa al día siguiente; y, aunque cada uno atestiguó haber visto algo distinto, ese algo era igualmente horrible para todos. En conciencia no podía demandar, ni siquiera culpar, al coronel por incumplimiento de contrato.

»Entonces introduje a la anciana de la que he hablado, y la autoricé a alquilar la casa por apartamentos. Jamás tuve un inquilino que se quedase más de tres días. Omitiré sus historias; no hay dos inquilinos que hayan presenciado exactamente los mismos fenómenos. Es mejor que juzgue usted mismo a que entre en la casa con una imaginación influida por relatos previos; simplemente esté listo para ver y oír una cosa u otra, y tome cuantas precauciones quiera.

—¿No ha sentido nunca curiosidad por pasar una noche en esa casa?

—Sí; pasé, no una noche, sino tres horas a plena luz del día solo en esa casa. Mi curiosidad no está satisfecha, está extinta. No tengo deseo alguno de repetir la experiencia. No puede achacarme, ya ve, señor, el hecho de no ser lo bastante cándido y, a menos que su interés sea sumamente vivo y sus nervios excepcionalmente sólidos, añado con toda honestidad que le aconsejo *no* pasar una noche en esa casa.

—Mi interés es sumamente agudo —dije yo—; solo un cobarde se jactaría de sus nervios en situaciones que ignora por completo, pero mis nervios se han templado ante peligros de muy diversa clase, y tengo derecho a confiar en ellos incluso en el interior de una casa encantada.

Mr. J\*\*\* dijo muy poco más, sacó de su escritorio las llaves y me las entregó; y yo, tras agradecerle afectuosamente su franqueza y su cortés acatamiento a mi deseo, me fui sosteniendo mi premio entre las manos.

Sintiéndome ansioso por el experimento, tan pronto como llegué a casa llamé a mi criado de confianza, un joven de espíritu alegre y carácter intrépido, y tan libre de prejuicios supersticiosos como cualquiera que yo pudiese imaginar.

—F\*\*\* —dije—, ¿te acuerdas del chasco que nos llevamos en Alemania al no encontrar ningún fantasma en aquel viejo castillo donde se decía que rondaba un espectro sin cabeza? Bueno, pues me han hablado de una casa en Londres que, tengo motivos para esperarlo, está efectivamente encantada. Voy a dormir allí esta noche. Por lo que me han dicho, no cabe duda de que algo se dejará ver u oír..., algo quizá horrible en exceso. ¿Crees que si te llevo puedo contar con tu presencia de ánimo, pase lo que pase?

—Oh, señor; confíe en mí, por favor —dijo él sonriendo con regocijo.

—De acuerdo, aquí están las llaves de la casa; esta es la dirección. Ve ahora y elige para mí cualquier dormitorio que te plazca y, como nadie ha ocupado la casa desde hace semanas, enciende un buen fuego, airea bien la cama; asegúrate, por supuesto, de que haya velas y combustible. Llévate mi revólver y mi daga, con eso tengo bastante; y ármate tú mismo de igual modo. Y si no somos rival para una docena de fantasmas, no seremos más que una lamentable pareja de ingleses.

El resto del día lo dediqué a resolver unos asuntos urgentes, y no tuve apenas tiempo libre para acordarme de la aventura nocturna en la que había empeñado mi honor. Cené a solas ya muy tarde, y mientras cenaba leí como acostumbro. Escogí un volumen de los ensayos de Macaulay. Se me ocurrió pensar que me llevaría ese libro; por lo saludable de su estilo y por sus materias en torno a la vida práctica me serviría de antídoto contra las influencias de una imaginación supersticiosa.

Así pues, sobre las nueve y media guardé el libro en un bolsillo y salí paseando despacio hacia la casa encantada. Llevaba conmigo a mi perro favorito: un *bull-terrier* muy perspicaz, valeroso y diligente; un perro al que le encantaba merodear de noche por rincones y pasillos espectrales en busca de ratas; un perro de perros para un fantasma.

Era una noche de verano, aunque fría; el cielo estaba un tanto lóbrego y encapotado. Había luna —tenue y desvaída, pero luna al fin—, y, si las nubes lo permitiesen, habría de brillar más pasada la medianoche.

Llegué a la casa, llamé y mi criado abrió con una jovial sonrisa.

—Todo bien, señor, y muy cómodo.

—¡Vaya! —dije un poco decepcionado—. ¿No has visto ni oído nada destacable?

—Bueno, señor, admito que algo extraño he oído.

—¿Y qué fue...? ¿Qué?

—El sonido de unas pisadas detrás de mí; y, una vez o dos, ruidos pequeños, como si alguien me susurrara al oído, nada más.

—¿No estarás asustado?

—¡Yo! ¡Ni una pizca, señor!

Y su mirada audaz me reafirmó en un punto que, pasara lo que pasara, ese hombre no me abandonaría.

Estábamos en el zaguán, con la puerta de la calle ya cerrada, y mi atención se dirigió entonces a mi perro. Al entrar había irrumpido con ansias, pero luego retrocedió furtivamente hacia la puerta, y estaba arañándola y gimiendo para poder salir. Le di unas palmaditas en la cabeza y lo animé con suavidad; después de eso, pareció resignarse a la situación y nos siguió a F\*\*\* y a mí por la casa, aunque manteniéndose pegado a mis talones en vez de apresurarse hacia delante inquisitivo, lo cual era su hábito común y normal en todos los lugares extraños.

Visitamos primero las dependencias del sótano, las cocinas y otros cuartos, y especialmente la bodega, donde aún quedaban dos o tres botellas de vino dentro de un cubo, cubiertas de telarañas; por su apariencia resultaba evidente que nadie las había molestado durante muchos años. Los fantasmas, de cierto, no eran aficionados al vino. Por lo demás, no descubrimos nada de interés. Había un patio sombrío y pequeño, con unos muros elevados. Las piedras de ese patio estaban muy húmedas, y entre la humedad, el polvo y la mugre del pavimento, nuestros pies dejaban una ligera impresión por donde pasaban.

Y entonces se manifestó el primer fenómeno extraño que presencié en aquella extraña morada.

Vi como si se formara, de improviso, justo frente a mí, la huella de un pie. Me detuve, atraje la atención de mi criado y se la señalé. Por delante de esa huella, e igual de repentinamente, surgió otra. Ambos lo vimos. Caminé enseguida hacia el lugar; las pisadas siguieron avanzando, una huella pequeña. La huella de un niño; la impresión era demasiado débil como para distinguir su forma con detalle, pero nos pareció que era la huella de un pie descalzo.

Este fenómeno cesó cuando alcanzamos el muro opuesto, y no volvió a repetirse al regresar. Subimos las escaleras y entramos en las habitaciones de la planta baja —un recibidor, otro pequeño recibidor trasero y una tercera habitación más pequeña aún que probablemente habría sido adecuada para un lacayo—, todas con la quietud de la muerte.

Visitamos luego las salas de estar, que parecían recién acondicionadas. Tomé asiento en el salón sobre una butaca. F\*\*\* puso en la mesa el candelero que sujetaba y con el que nos había alumbrado. Le dije que cerrase la puerta. Mientras se giraba, una silla que había enfrente de mí avanzó desde la pared rápida y silenciosamente y se detuvo a un metro más o menos de mi propia butaca, justo delante.

—Caramba, esto es mejor que las mesas giratorias —dije riendo; y mientras yo reía, mi perro echó atrás la cabeza y se puso a aullar.

F\*\*\*, que regresaba, no había observado el movimiento de la silla. Acudí a tranquilizar al perro. Yo seguí mirando la silla, y me pareció ver sobre ella el contorno pálido, azul e impreciso de una figura humana; un contorno tan borroso que tan solo pude recelar de mi propia vista. El perro estaba ya tranquilo.

—Retira esa silla que hay delante de mí —dije a F\*\*\*—, y ponla contra la pared.

F\*\*\* obedeció.

—¿Ha sido usted, señor? —dijo girándose abruptamente.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—Que alguien me golpeó. Lo he sentido vivamente en el hombro, aquí mismo.

—No —dije—; pero estamos rodeados de prestidigitadores, y, aunque tal vez no consigamos descubrir sus trucos, *los* cazaremos antes de que ellos *nos* asusten.

No permanecemos mucho en las salas de estar; eran tan húmedas y frías que me alegré de acudir junto al fuego en el piso superior. Cerramos con llave las puertas de aquellas salas; una precaución que, debería señalar, habíamos seguido también con todas las dependencias registradas en el sótano.

La alcoba que mi criado había elegido para mí era la mejor del piso; amplia, con dos ventanas a la calle. El armazón de cuatro postes del lecho ocupaba un espacio considerable y estaba frente al fuego, que ardía claro y resplandeciente; una puerta a la izquierda, entre la cama y una ventana, comunicaba con el cuarto que mi criado se asignó. Era una habitación pequeña con un sofá-cama, y no daba al descansillo; no tenía otra puerta sino la que conducía al dormitorio que yo iba a ocupar.

Flanqueando la chimenea, había dos armarios sin cerraduras, empotrados al muro y cubiertos con el mismo papel de color pardo. Los examinamos; había perchas donde colgaban vestidos de mujer, y nada más. Tanteamos los muros; evidentemente sólidos... Los muros exteriores del edificio.

Tras concluir el examen de aquellas estancias, fui a calentarme un rato y encendí mi cigarro; y luego, también en compañía de F\*\*\*, terminé de completar la inspección. En el descansillo había otra puerta; estaba firmemente cerrada.

—Señor —dijo mi criado con gran sorpresa—, abrí esta puerta con llave, igual que las otras, nada más llegar; no puede haberse cerrado desde dentro, porque es un...

Antes de que él terminara esa frase, la puerta, que ninguno de los dos estaba tocando, se abrió sola silenciosamente. Nos miramos el uno al otro un instante. El mismo pensamiento se apoderó de ambos: alguna intervención humana cabía detectarse aquí. Me adelanté, seguido de mi criado. Una habitación sin muebles, pequeña, desnuda y lúgubre; unas pocas cajas y cestos vacíos en un rincón, una ventanita con los postigos cerrados, ni siquiera una chimenea. No había otra puerta salvo aquella que habíamos utilizado; tampoco había alfombra en el suelo, que parecía muy antiguo, desigual, carcomido, reparado aquí y allá como atestiguaban los parches más claros en la madera; pero ningún ser viviente, ni lugar alguno donde se pudiera esconder.

Mientras nos ocupábamos en observar, la puerta por la que habíamos entrado se cerró tan silenciosamente como antes se había abierto; estábamos atrapados.

Por primera vez sentí un escalofrío de indefinible horror. No así mi criado.

—Que no se hagan ilusiones de cazarlos, señor; podría romper esa inservible puerta de un puntapié.

—Trata primero de abrirla con las manos —dije quitándome de encima la vaga aprensión que me había sobrecogido—; yo abriré los postigos y echaré un vistazo afuera.

Desatranqué los postigos; la ventana daba al pequeño patio trasero que he descrito antes. No había cornisa, tan solo una caída vertical. Un hombre que saliera por esa ventana no habría hallado sitio donde posar el pie hasta caer sobre las piedras del suelo.

F\*\*\*, entre tanto, procuraba sin éxito abrir la puerta. Se volvió hacia mí y solicitó permiso para utilizar la fuerza bruta. Y aquí, haciendo justicia a mi criado, tendría que declarar que, lejos de mostrar ningún terror supersticioso, su coraje, serenidad y hasta alborozo, en medio de circunstancias tan extraordinarias, se ganaron mi admiración e hicieron que me congratulase por haber elegido un compañero tan apto para la ocasión. De buena gana le concedí el permiso que había solicitado. Pero, aunque era un hombre notablemente robusto, su fuerza resultó igual de inútil que sus tentativas leves; la puerta ni siquiera tembló con la más recia de sus patadas.

Al fin, sofocado ya y jadeante, desistió. Intenté abrir la puerta yo mismo, también en

vano. Mientras cejaba en mis esfuerzos, me oprimió de nuevo aquel escalofrío de horror; esta vez era más frío y persistente. Sentí como si una extraña y horrible exhalación se elevara desde las grietas del irregular suelo y llenase la atmósfera con un venenoso fluido, hostil para la vida humana.

Entonces la puerta se abrió muy despacio, silenciosamente y como por propia voluntad. Nos precipitamos al descansillo. Vimos una luz grande y pálida —del mismo tamaño que una figura humana, pero informe e insustancial— moverse ante nosotros y subir las escaleras que conducían del descansillo al ático.

Seguí a la luz, y mi criado me siguió a mí. Entró, a la derecha del rellano, en una buhardilla que tenía la puerta abierta. Yo entré al mismo tiempo. La luz se condensó en una pequeña esfera muy brillante y vívida; se posó un rato sobre la cama que había en un rincón, tembló y desapareció.

Nos acercamos a la cama y la examinamos: un lecho con medio dosel, como los que se ven de costumbre en los áticos reservados a los sirvientes. Sobre los cajones próximos advertimos un viejo y raído pañuelo de seda, con la aguja todavía puesta en un rasgón a medio zurcir. El pañuelo estaba cubierto de polvo; tal vez había pertenecido a la anciana recientemente fallecida, y este muy bien podría haber sido su dormitorio.

La curiosidad me hizo abrir los cajones; había algunos retazos de prendas femeninas y dos cartas atadas con una delgada y desvaída cinta amarilla. Me tomé la libertad de coger esas cartas. No encontramos en la habitación nada más que fuese reseñable, y la luz no apareció otra vez; pero oímos nítidamente, mientras nos volvíamos para salir, unos pasos en el suelo, justo delante de nosotros.

Recorrimos las demás habitaciones del ático (cuatro en total) con las pisadas precediéndonos siempre. No había nada que ver, y nada oímos salvo aquellas pisadas. Yo llevaba las cartas en la mano; mientras descendía las escaleras, sentí claramente que me agarraban de la muñeca, así como un débil y flojo tirón que pugnaba por arrebatarme las cartas. Las sujeté con más fuerza y el tirón cesó.

De regreso en la alcoba que me correspondía, señalé que mi perro no nos había seguido cuando la habíamos dejado. Se abalanzaba junto al fuego y temblaba. Yo estaba impaciente por leer las cartas; y, mientras las leía, mi criado abrió una pequeña caja en la que había depositado las armas que le ordené llevar. Las sacó y las puso en una mesilla próxima a la cabecera de mi cama; luego se entregó a la tarea de calmar al perro, aunque este pareció hacerle poco caso.

Las cartas eran breves; estaban fechadas... Las fechas, de hace exactamente treinta y cinco años. Evidentemente se trataba de cartas escritas por un hombre a su amante, o por un marido a su joven esposa. Tanto los términos empleados como una clara referencia a una travesía previa indicaban que el autor era marinero. La ortografía y la caligrafía correspondían a un hombre de escasa cultura; aun así, el lenguaje mismo era contundente. En las expresiones de cariño había una especie de amor áspero y salvaje; pero aquí y allá se adivinaban indicios oscuros, incomprensibles, de un secreto que no se refería al amor... Un secreto que parecía aludir al crimen.

«Tenemos la obligación de amarnos el uno al otro», decía una de las frases que recuerdo; «pues si todo llegara a saberse, ¡cómo nos execrarían los demás!».

Otra: «No dejes que nadie comparta por la noche tu habitación... Hablas en sueños».

Y otra más: «Lo que está hecho no puede deshacerse; y te digo que no hay nada contra nosotros, a no ser que los muertos cobren vida».

Entre estas últimas líneas, se leía escrito con mejor caligrafía (la de una mujer): «¡Eso han hecho!».

Al final de la carta de fecha posterior, la misma mano de mujer había redactado las siguientes palabras: «Perdido en la mar el 4 de junio, el mismo día que...».

Bajé las cartas y empecé a meditar sobre su contenido.

Sin embargo, temiendo que la sucesión de reflexiones en la que había caído pudiera desestabilizar mis nervios, resolví concentrar la mente en un estado favorable para vérmelas con los prodigios, fueran cuales fueran, que la noche entrante me tenía reservados. Me espabilé, puse las cartas en la mesa, aticé el fuego, que aún ardía chispeante y vivo, y abrí mi volumen de Macaulay.

Leí en silencio hasta eso de las once y media. Luego me tumbé vestido en la cama y dije a mi criado que podía retirarse a su propio cuarto, pero que se quedase despierto. Le ordené que dejara abierta la puerta entre ambos dormitorios. Ya a solas, mantuve dos velas encendidas sobre la mesilla próxima a la cabecera. Coloqué mi reloj al lado de las armas y, tranquilamente, reanudé la lectura de mi Macaulay. El fuego ardía claro frente a mí, y sobre la alfombra del hogar, aparentemente dormido, yacía el perro. Al cabo de unos veinte minutos, sentí pasar junto a mi mejilla un aire muy frío, como una corriente súbita. Me figuré que la puerta que comunicaba con el descansillo, a mi derecha, debía de haberse abierto; pero no, estaba cerrada.

Giré la vista a la izquierda y vi que las llamas de las velas oscilaban con ímpetu, movidas como por algún viento. En ese mismo instante, el reloj, que estaba al lado del revólver, se deslizó por la mesilla —sin hacer ruido, sin que se viera ningún brazo— y desapareció. Me incorporé, tomé el revólver con una mano y la daga con la otra: no deseaba que mis armas compartiesen la suerte del reloj.

Así armado, observé el suelo; no había rastro del reloj. Entonces, tres golpes lentos, recios y nítidos sonaron en la cabecera de la cama; mi criado exclamó:

—¿Es usted, señor?

—No; estate en guardia.

El perro se despertó, se sentó sobre sus ancas y empezó a mover rápidamente las orejas adelante y atrás. Tenía los ojos clavados en mí, y su mirada era tan extraña que acaparó toda mi atención. Se alzó despacio, el pelo todo erizado, y se quedó perfectamente rígido con la misma mirada desorbitada.

Pero no tuve tiempo de examinar al perro. En ese instante mi criado salió de su habitación; si alguna vez contemplé el horror en un rostro humano, fue entonces. Sus rasgos estaban tan alterados que no lo habría reconocido si nos hubiésemos encontrado por la calle. Cruzó frente a mí a toda prisa, articulando en un susurro que apenas parecía salir de sus labios:

—¡Corra, corra! ¡Viene tras de mí!

Alcanzó la puerta, tiró para abrirla y se precipitó fuera. Lo seguí involuntariamente hasta el descansillo y le grité que se detuviese; pero él, sin hacerme caso, descendió a brincos las escaleras aferrándose a la barandilla y saltando varios escalones a la vez. Desde donde me encontraba, oí que la puerta de la calle se abría, y luego se cerró con un golpe seco.

Me habían dejado solo en la casa encantada.

Durante un momento, pero no más, dudé si seguir a mi criado; el orgullo y la curiosidad, en la misma medida, me prohibieron una huida tan ruin. Volví a entrar en mi alcoba, cerré la puerta y avancé con cautela hacia el cuartito anexo. No hallé nada que justificase el pánico de mi sirviente.

Examiné de nuevo las paredes por si descubría una puerta secreta. No vi ningún indicio; ni siquiera una sutura en el papel de color pardo que adornaba la habitación. ¿Cómo, entonces, había logrado acceder la cosa que tanto lo había asustado, fuese lo que fuese, sino a través de mi propia alcoba?

Regresé a mi habitación, cerré con llave la puerta que daba al cuarto interior y me quedé en pie junto a la chimenea, expectante y preparado.

Advertí que el perro se había ido a hurtadillas hacia un ángulo de la pared, y lo oprimía como si se esforzase realmente en abrirse camino a través de él; la pobre bestia estaba fuera de sí a causa del terror. Mostraba sus colmillos, le caían babas de las

quijadas; sin duda, me habría mordido si lo hubiese tocado. Parecía no reconocerme. Quien haya visto, en algún jardín zoológico, a un conejo fascinado por una serpiente acurrucarse en un rincón, puede hacerse idea de la angustia que el perro manifestaba. Dándome cuenta de que cualquier tentativa por calmar al animal era inútil, y temiendo además que su mordedura en ese estado fuese tan venenosa como bajo el furor de la rabia, lo dejé solo, coloqué mis armas en la mesa que había junto al fuego, tomé asiento y proseguí la lectura de mi Macaulay.

Para que no tengan la impresión de que busco ganarme crédito por un coraje, o más bien una sangre fría, que el lector pudiera imaginar exagerada, me disculparán si hago un alto y me permito dos o tres observaciones egocéntricas.

Como creo que la presencia de ánimo, o lo que llaman coraje, se da en proporción a la familiaridad con las circunstancias que lo originan, tendría que decir que desde hace mucho me he familiarizado lo suficiente con cuantas experiencias atañen a lo prodigioso. He sido testigo de muchos fenómenos extraordinarios en diversas partes del mundo; fenómenos que no se creerían si los declarara, o que se atribuirían a poderes sobrenaturales.

Ahora bien, mi teoría afirma que lo sobrenatural es un imposible; lo que se llama sobrenatural solo es algo, dentro de las leyes de la naturaleza, que hasta ahora hemos ignorado. Si un fantasma se alza delante de mí, no tengo razón al decir: «Luego lo sobrenatural es posible», sino más bien; «Luego la aparición de un fantasma está, en contra de la opinión recibida, dentro de las leyes de la naturaleza, es decir, no sobrenaturales».

En todas las cosas que yo he presenciado, y en todos los prodigios que los aficionados al misterio de nuestra época registran como hechos, siempre se requiere un mediador material vivo. Hallarán ustedes todavía en el continente a magos que aseguran poder evocar a los espíritus. Asuman por un momento que dicen la verdad, y aun así la forma material y viva del mago está presente; él es el mediador a través del que, gracias a algunas peculiaridades inherentes, ciertos fenómenos extraños se presentan ante nuestros sentidos naturales.

Acepten como igual de verdaderos los testimonios de manifestación espiritual en América: sonidos musicales, o de otra clase; escritos en papel realizados por una mano indiscernible; muebles que se desplazan sin aparente intervención humana; o la visión y el contacto de manos cuyos cuerpos son invisibles. También ahí ha de encontrarse el médium, o ser vivo, con peculiaridades inherentes capaz de obtener esas señales.

En suma, si se trata de prodigios semejantes, suponiendo incluso que no haya impostura, debe haber alguien como nosotros mediante el cual, o a través del cual, se originan los efectos presentados a los seres humanos. Así sucede en los fenómenos, ya muy conocidos, del mesmerismo o la electrobiología; la mente de la persona sobre la que se actúa es influida a través de un agente material vivo.

Admitamos que un sujeto hipnotizado responde a la voluntad o dominio de un mesmerizador que se encuentra a cien millas de distancia; en ese caso, la respuesta no está menos ocasionada por un ser corpóreo. Tal vez sea a través de un fluido material, llámenlo Eléctrico o si prefieren Odínico, capaz de atravesar el espacio y cruzar obstáculos, como el efecto físico se comunica de uno a otro.

Por tales razones, yo creía que todos los sucesos de que había sido testigo, o esperase serlo en esa extraña casa, se manifestaban a través de un intercesor o médium tan mortal como yo; y esta idea necesariamente refrenaba el temor que podrían haber sufrido por las aventuras de aquella memorable noche quienes consideran sobrenaturales los fenómenos que no se incluyen dentro del funcionamiento ordinario de la naturaleza.

Como mi conjetura fuese, entonces, que todo lo que apareció o pudiera aparecer ante mis sentidos debía tener origen en algún ser humano dotado en esencia con la



capacidad de presentar tales cosas, y con algún motivo para hacerlo, sentí un interés por mi teoría que, a su modo, era más filosófico que supersticioso. Y afirmo sinceramente que me hallaba en un estado tan sereno para la observación como se pueda encontrar cualquier experimentalista práctico que aguarda los efectos de una rara, aunque quizá peligrosa, combinación química. Por supuesto, cuanto más mantuviera mi mente alejada de la fantasía, más obtendría el estado mental adecuado para la observación; y, por tanto, clavé los ojos y el pensamiento en el sólido y luminoso sentido común de las páginas de mi Macaulay.

Entonces caí en la cuenta de que algo se interponía entre el libro y la luz; la página estaba ensombrecida. Alcé la vista y vi lo que me resultará muy difícil, quizá imposible, de describir.

Era una oscuridad que se delineaba repentinamente a sí misma en un contorno impreciso. No puedo decir que fuese una forma humana, y sin embargo tenía mayor semejanza con una forma humana, o una sombra más bien, que con cualquier otra cosa. Tal y como se erguía, separada y distinta del aire y la luz que la rodeaban, sus dimensiones parecían gigantescas; la cima casi tocaba el techo.

Al observar me embargó una sensación de intenso frío. No me habría helado tanto frente a un iceberg; ni tampoco el frío de un iceberg habría sido más puramente físico. Estoy seguro de que no se trataba del frío que ocasiona el pánico. Mientras observaba, creí distinguir —pero no puedo decirlo con exactitud— dos ojos que me acechaban desde lo alto. Por un momento me pareció verlos nítidamente, luego fue como si hubieran desaparecido; pero dos rayos de una luz pálida y azul destellaban a intervalos frecuentes en la oscuridad desde la misma altura a la que a medias creí y a medias dudé haber encontrado los ojos.

Traté de hablar; la voz me falló completamente. Solo pude decirme a mí mismo: «¿Es esto miedo? ¡No es miedo!». Procuré levantarme, pero en vano; me sentía oprimido por una fuerza irresistible. Era como si un poder inmenso y aplastante se opusiera a mi deseo; esa sensación de incompetencia absoluta para lidiar con una fuerza mayor a la del hombre que uno puede experimentar *físicamente* durante una tormenta marina, en una conflagración o enfrentándose a alguna terrible bestia salvaje, o, mejor quizá, a un tiburón del océano, yo la sentí *moralmente*. Contraria a mi voluntad, había otra voluntad; y de una potencia tan superior a la mía como la tormenta, el fuego y el tiburón aventajan en fuerza física al hombre.

Y entonces, mientras esa impresión crecía en mí, llegó por fin el horror... Hasta tal grado que las palabras no lo podrían expresar. Conservé el orgullo, ya que no el coraje, y hablé para mis adentros: «Esto es horror, y no miedo; a no ser que tema, no pueden hacerme daño; mi razón rechaza esa cosa; es una ilusión, no tengo miedo».

Con un violento esfuerzo, logré por fin alargar la mano hacia el arma que había sobre la mesa; mientras lo hacía, recibí un extraña sacudida en el brazo y en el hombro, y el brazo me fue a caer impotente junto al costado. Luego, para añadir intensidad a mi horror, la luz de las velas empezó a menguar lentamente; no es que se consumieran de improviso, sino que las llamas parecieron alejarse de forma gradual. Lo mismo sucedió con el fuego, la luz fue separándose del combustible; pocos minutos después la habitación quedó en tinieblas.

El pavor que me sobrevino por estar en medio de la oscuridad con aquella cosa oscura, cuyo poder se percibía de modo tan intenso, dio pie a una reacción de valentía. Pues el terror había alcanzado ese clímax en el que, o bien mis sentidos habrían de abandonarme, o yo rompería el hechizo.

Y, en efecto, lo rompí.

Hallé voz, aunque mi voz fue un chillido. Recuerdo que estallé con palabras semejantes a estas: «No tengo miedo, mi alma no tiene miedo»; y a la vez tuve fuerzas para levantarme.

Aún entre aquella honda negrura, me precipité hacia una de las ventanas, rompí las cortinas y abrí de golpe las contraventanas; mi primer pensamiento fue: luz.

Y cuando vi la luna —alta, clara y serena— sentí un gozo que casi compensó el terror de antes. Había luna, y también había faroles de gas en la desierta y somnolienta calle. Me di la vuelta y miré la habitación; la luna invadía muy débil y parcialmente las tinieblas, pero daba luz. La cosa oscura, fuera lo que fuese, se había ido; salvo que aún se podía ver una tenue silueta, que parecía la sombra de aquella penumbra, contra la pared de enfrente.

Descansé la vista sobre la mesa, y de debajo de esta (una vieja y redonda mesa de caoba que no tenía paño ni mantel) surgió una mano, visible hasta la altura de la muñeca. Era una mano, según se mostraba, tan de carne y hueso como las mías, pero de una persona muy vieja, flaca, arrugada, pequeña también: la mano de una mujer. Aquella mano se cernió sobre las dos cartas que estaban en la mesa; la mano y las cartas desaparecieron. Entonces sonaron, idénticos, los tres fuertes y acompasados golpes que había oído junto a la cabecera de la cama antes de que comenzase este extraordinario drama.

Cuando aquellos sonidos cesaron, sentí que toda la habitación vibraba de forma perceptible; y al extremo más distante se elevaron, como desde el suelo, chispas o glóbulos parecidos a burbujas de luz, de muchos colores: verde, amarillo, rojo de llamas, azul; y las chispas, igual que los fuegos fatuos, se movieron arriba y abajo, de un lado a otro, de acá para allá, cada cual a su capricho. Una silla (igual que sucedió en el salón) avanzó desde la pared, sin mediación aparente, y se colocó en el extremo opuesto de la mesa.

De súbito surgió, lo mismo que si saliera de la silla, una forma, la forma de una mujer. Era nítida como una forma de vida y espantosa como una forma de muerte. Su rostro tenía juventud, y una extraña y triste belleza; la garganta y los hombros iban desnudos, el resto de la forma llevaba un holgado vestido de color blanco empañado.

Comenzó a alisarse sus cabellos rubios y largos, que le caían sobre los hombros; no volvía los ojos a mí, sino hacia la puerta; parecía escuchar, vigilar, aguardar. La sombra de la penumbra, al fondo de la habitación, se tornó más negra y de nuevo me pareció vislumbrar los ojos que centelleaban en la cima de la sombra, unos ojos clavados sobre aquella figura.

Como si entrara por la puerta, aunque esta no se abrió, surgió otra figura, igualmente nítida e igualmente espantosa: la figura de un hombre joven. Llevaba un traje del siglo pasado, o al menos eso parecía; pues tanto la figura masculina como la femenina, aunque nítidas, eran evidentemente insustanciales, impalpables... simulacros, fantasmas. Y había algo incongruente y grotesco, aunque temible, en el contraste entre el elaborado atavío —la elegante compostura de aquel atuendo pasado de moda, con sus volantes y encajes y hebillas— y el aspecto cadavérico y la quietud espectral de quien lo lucía revoloteando. Al aproximarse la figura masculina a la femenina, la sombra oscura se lanzó desde la pared y durante un momento los tres quedaron envueltos en la oscuridad.

Cuando la pálida luz regresó, los dos fantasmas estaban, diríase, bajo el dominio de la sombra que se elevaba entre ambos, y había una mancha de sangre en el pecho de la mujer; y el fantasma masculino se apoyaba sobre una espada espectral, y la sangre parecía gotear aprisa de sus volantes, de sus encajes; y la oscuridad de la sombra que se interponía los engulló... Desaparecieron. Y de nuevo las burbujas de luz salieron disparadas, volaron y ondularon, cada vez más densas y con movimientos más confusos e incontrolados.

La puerta del armario que había a la derecha de la chimenea se abrió, y del hueco salió la forma de una mujer anciana. En la mano sujetaba las cartas... Las mismas cartas sobre las que yo había visto cernirse *aquella* mano; y tras ella oí unas pisadas. Se dio

la vuelta como para escuchar, y luego abrió las cartas y pareció leerlas. Y sobre su hombro vi un rostro lívido, el de un hombre que llevara mucho tiempo ahogado: un rostro hinchado, descolorido, con algas de mar enredadas en sus chorreantes cabellos; y a los pies de ella yacía una forma semejante a la de un cadáver, y al lado del cadáver se encogía un niño, un niño miserable y sucio, con hambre en las mejillas y miedo en los ojos. En tanto que yo miraba la cara de la anciana, las arrugas y líneas desaparecieron y se convirtió en una cara joven: de ojos crueles, pétrea, pero aun así joven; y la sombra se lanzó sobre esos fantasmas y los oscureció igual que había oscurecido a los anteriores.

Nada quedó sino la sombra, y me fijé atentamente en ella hasta que volvieron a brotarle los ojos... Malignos, ojos de serpiente. Y las burbujas de luz tornaron a elevarse y caer, y en su laberinto desordenado, irregular y turbulento, se mezclaban con la desvaída luz de la luna. Y de esas mismas burbujas, igual que de la cáscara de un huevo, salieron explotando cosas monstruosas y el aire se llenó de ellas; larvas tan mortecinas y repugnantes que no puedo describirlas de ningún modo, solo puedo pedirle al lector que se acuerde del enjambre de vida que el microscopio solar pone ante sus ojos en una gota de agua: cosas transparentes, flexibles, persiguiéndose unas a otras, devorándose unas a otras... Formas que jamás contempló el ojo a simple vista. Igual que sus figuras no tenían simetría, sus movimientos carecían de orden. En sus vagabundeos no había solaz alguno; daban vueltas y me rodeaban, cada vez más densas, rápidas y veloces, bullendo sobre mi cabeza, reptando sobre mi brazo derecho, que tenía extendido en un involuntario reflejo contra los perversos seres.

A veces sentía que me tocaban, pero no ellas; me tocaban manos invisibles. Una vez sentí que unos dedos fríos y suaves me oprimían la garganta. Aún era consciente de que si me rendía al miedo me hallaría en peligro físico, así que concentré mis facultades en resistir con voluntad obstinada. Y alejé la mirada de la sombra, sobre todo por aquellos extraños ojos de serpiente... Ojos que ahora eran claramente visibles. Pues ahí, y no en las otras cosas que me rodeaban, me daba cuenta de que había una voluntad; y una voluntad de una maldad intensa, creativa, activa, que muy bien podría aplastar a la mía.

Entonces la pálida atmósfera de la alcoba comenzó a teñirse de rojo, como si en el aire se presintiese una conflagración próxima. Las larvas se volvieron relumbrantes, como cosas que viven en el fuego. La habitación tembló otra vez, y otra vez se oyeron los tres golpes acompasados; y otra vez la oscuridad de la sombra engulló todas las cosas, como si todo hubiera salido de aquella oscuridad y retornase a ella.

Cuando las tinieblas se alejaron, la sombra desapareció por completo. Las llamas volvieron a brotar en las velas de la mesilla y en el combustible de la chimenea tan despacio como si hubieran estado encerradas. La alcoba se hizo visible de nuevo, tranquila y vigorosamente.

Las dos puertas seguían cerradas, y la que conducía a la habitación de mi criado aún con llave. En el mismo lugar de la pared donde se había arrinconado, yacía el perro. Lo llamé... No se movió. Me acerqué y vi que el animal estaba muerto; tenía los ojos desorbitados, la lengua fuera y un reguero de espumarajos en torno a las quijadas. Lo tomé en brazos y lo llevé junto al fuego. Sentí un vivo dolor por la pérdida de mi desdichado favorito, una intensa culpa; me acusé a mí mismo de su muerte, me figuré que había muerto de miedo. Pero cuál no sería mi sorpresa al descubrir que en realidad tenía el cuello roto... retorcido y con las vértebras quebradas. ¿Le hicieron eso en la oscuridad? ¿Y no tuvo que ejecutarlo una mano tan humana como la mía? ¿No debió existir todo el tiempo un agente humano en aquella alcoba? Había razones para sospecharlo. Pero lo ignoro. Solo puedo declarar de manera escueta lo sucedido; el lector quizá saque sus propias conclusiones.

Otra circunstancia sorprendente: habían restituido mi reloj a la mesilla, de donde tan

misteriosamente se lo llevaron; pero estaba parado y señalaba justo aquel instante, y, pese a la destreza del relojero, no ha vuelto a marchar bien desde entonces. Funciona de un modo extraño y errático durante unas horas, y luego alcanza un punto muerto; está inservible.

Nada más sucedió durante el resto de la noche; ni, en verdad, hube de aguardar mucho a que rompiera el alba. Pero no abandoné la casa encantada hasta que se hizo plenamente de día. Antes de marcharme, volví a la pequeña habitación oscura donde mi criado y yo habíamos estado atrapados.

Tuve la firme impresión, no sabría explicar el motivo, de que desde ese cuarto se había originado el mecanismo de los fenómenos, si puedo llamarlo así, que se manifestaron en mi alcoba; y aunque entré a la luz del día, con el sol asomando por la transparente ventana, sentí mientras permanecía en pie sobre su suelo el mismo escalofrío de horror que había experimentado la noche anterior y que tanto se había acrecentado a causa de lo ocurrido en mi propia habitación.

No soporté permanecer entre aquellas paredes más de medio minuto. Bajé las escaleras y de nuevo escuché las pisadas delante de mí; y cuando abrí la puerta de la calle me pareció oír una risita ahogada. Regresé a casa, donde esperaba encontrar a mi criado prófugo. Pero ni había vuelto ni supe de él hasta pasados tres días, cuando recibí una carta suya fechada en Liverpool con las siguientes palabras:

Estimado señor:

Suplico humildemente su perdón, si bien apenas confío en que me considere merecedor de él, salvo que —¡el cielo no lo permita!— usted viese lo que yo vi. Pasarán años, creo, antes de que pueda recuperarme; y respecto a si estoy apto para el servicio, es algo que ni siquiera me planteo. Así pues, he decidido partir hacia Melbourne, a casa de mi cuñado. El barco zarpa mañana. Acaso la larga travesía ayude a que me tranquilice. No hago más que sobresaltarme y temblar imaginándome que aún viene tras de mí. Humildemente le ruego, estimado señor, que haga enviar mis ropas, así como el salario que tenga pendiente, a casa de mi madre, en Walworth; John sabe la dirección.

La carta concluía con disculpas adicionales, un tanto incoherentes, y detalles aclaratorios sobre las influencias que obraron a su cargo.

Su huida podría tal vez justificar la sospecha de que el hombre deseaba irse a Australia, y de algún modo se había involucrado fraudulentamente en los acontecimientos de aquella noche. No añado nada en contra de tal conjetura; más bien la sugiero, pues a muchos les parecerá la solución más probable a una serie de sucesos improbables.

Mi propia teoría seguía sin alterarse. Regresé por la tarde a la casa para llevarme en un cabriolé las cosas que había dejado allí y el cuerpo de mi pobre perro. Nadie me estorbó en ese cometido ni me ocurrió ningún incidente reseñable, salvo que de nuevo, mientras subía y bajaba las escaleras, oí las mismas pisadas precediéndome. Al abandonar aquella casa, acudí a la de Mr. J\*\*\*. Lo encontré allí. Le devolví las llaves, le dije que mi curiosidad estaba suficientemente satisfecha y me disponía ya a hacerle un breve resumen de lo acaecido cuando me detuvo afirmando, con mucha educación, que había dejado de interesarle un misterio que nadie lograba resolver.

Decidí por lo menos hablarle de las dos cartas que había leído y de la extraordinaria manera en la que desaparecieron; y le pregunté si creía que fueron remitidas a la mujer que había fallecido en la casa, y si existía algo en su historia anterior capaz de confirmar las oscuras sospechas que las cartas insinuaban.

Mr. J\*\*\* pareció alterarse, y, tras meditar unos momentos, respondió:

—Sé muy poco sobre la historia previa de esa mujer, excepto, como le dije, que mis familiares conocían a los suyos. Pero evoca usted vagas reminiscencias en contra de ella. Haré averiguaciones y le informaré del resultado. De todos modos, aun si admitiéramos la superstición popular de que alguien que ha sido en vida el autor o la víctima de oscuros crímenes pueda regresar, como alma en pena, al escenario donde

se cometieron esos crímenes, debería hacerle la observación de que la casa estaba infestada de visiones y sonidos extraños mucho antes de que la anciana muriese. Sonríe usted; ¿qué diría al respecto?

—Diría lo siguiente: estoy seguro de que, si lográramos llegar al fondo de estos misterios, hallaríamos un agente humano y vivo.

—¿Cómo! ¿Cree que todo es una impostura? ¿Y con qué objeto?

—Una impostura no, en el sentido ordinario de la palabra. Si de improviso me sumiera en un sueño profundo, del cual usted no lograra despertarme, y en ese estado yo fuese capaz de adivinar interrogantes con una exactitud que no me cabría esperar encontrándome despierto (decirle cuánto dinero lleva usted en el bolsillo, describir sus propios pensamientos), no sería necesariamente ni una impostura ni sobrenatural. Estaría, sin ser consciente, bajo un influjo mesmérico transmitido desde la distancia por un ser humano que ha adquirido dominio sobre mí merced a un *rapport* previo.

—Suponiendo que el mesmerismo llevado a esos límites sea una realidad, tendría usted razón. ¿Y de ahí infiere que un mesmerizador podría originar los asombrosos efectos que usted y otros han presenciado en objetos inertes, y llenar el aire con visiones y sonidos?

—¿O impresionar nuestros sentidos para hacernos creer esas cosas sin haber estado *en rapport* con la persona que actúa sobre nosotros? No. Lo que comúnmente se llama mesmerismo no conseguiría eso; pero quizá existe un poder semejante al mesmerismo y superior a él... El poder que antaño se llamaba magia. No afirmo que un poder así tenga capacidad de extender su dominio a los objetos materiales inertes; pero, si tal fuera el caso, no estaría en contra de la naturaleza, sería solo un poder inusual dentro de ella, que quizá se otorga a individuos con ciertas peculiaridades y se cultiva mediante la práctica hasta un nivel extraordinario.

»Que semejante poder logra extender su dominio sobre los muertos (es decir, sobre ciertos pensamientos y memorias que los muertos aún retengan) y consigue hacer visible ante nuestros sentidos no lo que debe llamarse propiamente alma, la cual está fuera del alcance humano, sino un fantasma de aquello que fue más terrenal en este mundo, es una teoría muy antigua, aunque obsoleta, sobre la cual no aventuraré ninguna opinión. Pero no concibo que ese poder habría de ser sobrenatural.

»Déjeme ilustrar a qué me refiero mencionando un experimento que Paracelso describe como sencillo y al cual el autor de las *Curiosidades de la literatura* cita como creíble: una flor muere; usted la quema. Los elementos que había en esa flor mientras vivió, cualesquiera que fuesen, se han ido y dispersado, usted ignora adónde; no puede descubrirlos ni volver a unirlos. Pero sí puede, gracias a la química, a partir del polvo quemado, evocar un espectro de la flor con la misma apariencia que tenía en vida.

»Lo mismo sucedería con un ser humano. Su alma ha huido de usted igual que la esencia o los elementos de la flor. Aun así, puede crear su espectro. Y ese fantasma, aunque en la superstición popular se identifica con el alma de los que se fueron, no debe confundirse con la verdadera alma; es solo una imagen de la forma muerta.

»De ahí que, como señalan los mejores testimonios sobre aparecidos o espíritus, lo que más nos choca es la ausencia de lo que llamamos alma; es decir, de una inteligencia superior y emancipada. Los fantasmas acuden con poco objeto o ninguno; apenas hablan, si es que acuden, pero no expresan ideas que estén por encima de las de una persona ordinaria. Hay videntes americanos que han publicado volúmenes de comunicaciones en prosa y verso, y aseguran que les fueron dadas en nombre de los muertos más ilustres: Shakespeare, Bacon y el cielo sabe quién más.

»Las mejores de esas comunicaciones no son, en verdad, siquiera un poco más elevadas que las que puedan ofrecer personas vivas de una educación y talento meritorios; son descomunales inferiores a cuanto Bacon, Shakespeare o Platón dijeron y escribieron en vida. Y, lo más notable, no contienen ninguna idea que no

estuviese ya presente en la tierra.

»Por muy maravillosos que resulten tales fenómenos (concediendo que sean verdaderos), advierto que para la filosofía no cuestionan nada de lo que a la filosofía le corresponde rechazar, es decir, nada sobrenatural. Solo son ideas trasladadas, quién sabe cómo (aún ignoramos los medios), de un cerebro mortal a otro. Aunque al llevarlo a cabo las mesas caminen por su propia cuenta, o aparezcan en un círculo mágico formas demoníacas, o unas manos sin cuerpo se alcen y se lleven objetos materiales, o una cosa oscura, como la que se presentó ante mí, nos hiele la sangre, estoy persuadido de que no son más que operaciones transmitidas, como por cables eléctricos, a mi cerebro desde el cerebro de otro.

»En personas de cierta constitución se da una química natural, y son capaces de originar prodigios químicos; en otras hay un fluido natural, llámese electricidad, y son capaces de originar prodigios eléctricos. Pero se distinguen en esto de la ciencia normal: todos ellos carecen de objeto y propósito, son pueriles, frívolos. No conducen a grandes resultados, y por eso el mundo no les presta atención y los verdaderos sabios no los cultivan. Estoy seguro, sin embargo, de que el creador de todo cuanto vi y oí fue un hombre, humano como yo mismo y, según me parece, sin ser consciente de los efectos exactos producidos, por esta razón: no hay dos personas, dice usted, que le contasen haber vivido exactamente la misma experiencia; bueno, dese cuenta, no hay dos personas que hayan vivido exactamente el mismo sueño.

»Si se tratase de una impostura ordinaria, el mecanismo estaría dispuesto de tal modo que los resultados variarían muy poco; si se tratase de un poder sobrenatural concedido por el Todopoderoso, serviría, sin duda, a un fin concreto. Estos fenómenos no pertenecen a ninguna de las dos clases. Mi convicción es que se originan en un cerebro muy lejano; que ese cerebro no tenía una voluntad definida en nada de cuanto acaeció; que lo que sucede refleja sus pensamientos tortuosos, abigarrados, siempre cambiantes, a medio formar; en suma, que consistió este en los sueños de un cerebro semejante puestos en acción e investidos de una semisustancia.

»Que ese cerebro es de inmenso poder y capaz de conseguir que la materia se mueva, que es maligno y destructivo, lo creo. Alguna fuerza material tiene que haber matado a mi perro; y, que yo sepa, hubiese sido suficiente para matarme a mí de encontrarme tan subyugado por el terror como el perro... Es decir, si mi intelecto y mi espíritu no me hubieran ofrecido una resistencia compensatoria en mi voluntad.

—¡Que mató a su perro! ¡Es espantoso! Resulta extraño, en efecto, que ningún animal acceda a quedarse en esa casa; ni siquiera un gato. Jamás se ven allí ratas ni ratones.

—Los instintos de las criaturas irracionales detectan influencias que son letales para su vida. La razón del hombre carece de un sentido tan agudo porque tiene mayor capacidad para resistir. Pero ya basta; ¿comprende usted mi teoría?

—Sí, aunque de manera imperfecta; y prefiero cualquier elucubración (perdone la palabra), por extravagante que resulte, antes que abrazar sin más la idea de los fantasmas y duendes que nos inculcaron nuestras niñeras. En cualquier caso, el mal para mi desdichada casa es el mismo. ¿Qué diantres puedo hacer con la casa?

—Le diré lo que yo haría. Mis sensaciones internas me han convencido de que la pequeña habitación sin amueblar, al ángulo derecho de la puerta del dormitorio que ocupé, forma un punto de partida o receptáculo de las influencias que hostigan la casa. Le aconsejo encarecidamente que haga abrir las paredes y levantar el suelo; no, mejor que derribe la habitación entera. Fíjese que está separada del cuerpo de la casa y construida sobre el pequeño patio, y podría demolerse sin ningún daño para el resto del edificio.

—¿Y cree que si hiciera eso...?

—Cortaría usted los alambres del telégrafo. Pruébelo. Estoy tan persuadido de tener razón que pagaré la mitad de los gastos si me deja dirigir las operaciones.

—Ni hablar, tengo medios más que suficientes; respecto a lo otro, me pondré en contacto con usted.

Unos diez días más tarde, recibí carta de Mr. J\*\*\* diciéndome que había visitado la casa desde que fui a verlo; que halló las dos cartas de las que le hablé colocadas de nuevo en el cajón de donde yo las había sacado; que las leyó con los mismos recelos que yo; que emprendió una meticulosa investigación sobre la mujer a quien acertadamente yo supuse iban dirigidas.

Al parecer, hace treinta y seis años (un año antes de la fecha que tenían las cartas) se había casado, contra los deseos de su propia familia, con un norteamericano de carácter muy sospechoso; de hecho, existía la creencia general de que había sido pirata. Ella era hija de unos respetables tenderos y había trabajado como institutriz de niños pequeños antes de casarse. Tenía un hermano a quien se consideraba rico, un hombre viudo y con un hijo de unos seis años. Transcurrido un mes desde la boda, el cuerpo de ese hermano fue hallado en el Támesis, cerca del Puente de Londres; parecía mostrar marcas de violencia en la garganta, pero no se juzgaron suficientes como para emprender una indagación que diese otro veredicto distinto al de «encontrado ahogado».

El norteamericano y su mujer se hicieron cargo del niño, pues el hermano fallecido había dejado en testamento a su hermana la custodia de su único hijo; y, en caso de morir el niño, la hermana heredaría. El niño murió a los seis meses aproximadamente; se sospechaba que había sido desatendido y maltratado. Algunos vecinos declararon que lo habían oído chillar por las noches.

El médico que lo examinó dijo que estaba demacrado como por falta de nutrición, y el cuerpo se hallaba cubierto de moratones lívidos. Una noche de invierno, al parecer, el niño había querido escaparse; salió sigilosamente al patio trasero e intentó escalar el muro, pero cayó rendido de espaldas y lo encontraron a la mañana siguiente agonizando sobre el pavimento.

Aunque existían evidencias de crueldad, no había ninguna de asesinato; y la tía y su marido procuraron atenuar los maltratos alegando que el niño, a quien calificaron como débil mental, se comportaba con una tozudez y terquedad excesivas. Sea como fuere, tras la muerte del huérfano la tía heredó la fortuna de su hermano.

Antes de que concluyese el primer año de matrimonio, el norteamericano abandonó Inglaterra bruscamente y no regresó jamás. Adquirió un barco de crucero que se perdió en el Atlántico dos años más tarde. La viuda quedó en la opulencia, pero le acaecieron reveses de distinto tipo: un banco quebró, una inversión fracasó, abrió un pequeño comercio y acabó insolvente; luego entró a servir y fue descendiendo de categoría, de ama de llaves a criada para todas las tareas, sin permanecer mucho tiempo en ninguna casa, aunque nunca se alegara algo extraño en contra de su carácter.

Se la consideraba sobria, honesta y particularmente tranquila en su manera de ser; pero nada prosperaba en su vida. Y, de tal modo, terminó en el asilo de pobres del que Mr. J\*\*\* la había sacado para ponerla a cuidar de la misma casa que ella había alquilado como señora durante su primer año de casada.

Mr. J\*\*\* añadía que pasó una hora a solas en la habitación vacía que yo le había exhortado a destruir, y que sus impresiones de terror habían sido tan grandes, aunque no oyera ni viera nada, que estaba dispuesto a descubrir los muros y levantar el suelo, como yo sugerí. Había contratado a unas personas para realizar la tarea, y empezarían cualquier día que yo dijese.

En consecuencia, fijamos un día. Me dirigí a la casa encantada; entramos en la habitación oscura y lúgubre, levantamos el zócalo y luego el suelo. Bajo las vigas, cubiertas de basura, hallamos una trampilla lo bastante grande para el tamaño de un hombre. Estaba firmemente sujeta con abrazaderas y remaches de hierro. Tras quitarlos, bajamos a una habitación cuya existencia jamás se sospechó.

Esa habitación había tenido una ventana y un humero que, evidentemente, fueron tapados con ladrillos muchos años atrás. Examinamos el lugar a la luz de las velas; aún conservaba algunos muebles podridos —tres sillas, un sofá de roble, una mesa—, todos a la moda de hace unos ochenta años.

Contra la pared había una cómoda en la cual hallamos, a medio descomponer, anticuadas prendas de vestir masculinas, como las que hubiera llevado hace ochenta o cien años un caballero de rango; suntuosas hebillas y botones de acero, como los que aún se lucen en los trajes de corte; una hermosa espada cortesana; en un chaleco que una vez tuvo un rico encaje de oro, pero que ahora aparecía oscurecido y sucio a causa de la humedad, encontramos cinco guineas, unas pocas monedas de plata y una pequeña tarjeta de marfil, la cual probablemente servía para acceder a algún lugar de esparcimiento que hace ya mucho desapareció.

Pero nuestro descubrimiento principal fue una especie de caja fuerte encajada en la pared, cuya cerradura nos costó mucho trabajo arrancar.

En esa caja fuerte había tres estantes y dos pequeños cajones. Sobre los estantes estaban dispuestos en fila algunos frascos de cristal herméticamente sellados. Contenían esencias volátiles incoloras, no sabría decir de qué naturaleza ni tampoco si eran venenos; el fósforo y el amoníaco eran ingredientes de algunas de ellas. Había también tubos de cristal muy curiosos, así como una pequeña y puntiaguda vara de hierro con un gran trozo de cristal de roca y otro de ámbar, y una piedra imán de gran poder.

En uno de los cajones encontramos un retrato en miniatura enmarcado en oro que conservaba increíblemente la frescura de los colores teniendo en cuenta el larguísimo tiempo que, con toda probabilidad, llevaba allí. Era el retrato de un hombre algo entrado en la edad mediana, quizá de cuarenta y siete o cuarenta y ocho años.

Su rostro era muy peculiar, muy impresionante. Si pudieran concebir a una poderosa serpiente transformada en hombre, que conservara en los rasgos humanos el viejo patrón original de la serpiente, se harían una idea más exacta de aquella imagen que la que podrían facilitar largas descripciones; la frente ancha y lisa; una elegancia afilada en el contorno, que disimulaba la fuerza de su mandíbula letal; sus largos, grandes y terribles ojos, que refulgían y eran verdes como la esmeralda; y, junto con todo ello, cierta calma despiadada, que parecía venir de la consciencia de un inmenso poder.

Lo extraño fue esto: en el mismo instante que vi la miniatura, reconocí una semejanza sorprendente con uno de los retratos más excepcionales del mundo; el retrato de un hombre de rango, justo por debajo del de la realeza, que en su época había ocasionado un revuelo considerable. La historia dice poco o nada sobre él, pero busquen en la correspondencia de sus contemporáneos y hallarán alusiones a su osadía feroz, su audaz libertinaje, su espíritu inquieto, su afición por las ciencias ocultas.

Cuando aún se encontraba en la mitad de la vida, murió y fue enterrado, dicen las crónicas, en un país extranjero. Falleció a tiempo de escabullirse a las garras de la ley; pues estaba acusado de crímenes que lo hubieran entregado al verdugo. Tras su muerte, los retratos que quedaban de él, numerosos, ya que había sido un espléndido protector de las artes, fueron comprados y destruidos, presumiblemente por sus propios herederos, a quienes hubiese alegrado poder borrar su mismísimo nombre de tan espléndido linaje.

Había disfrutado de una inmensa riqueza; gran parte de esta, se creía, fue desfalcada por un astrólogo o adivino que era favorito suyo. En cualquier caso, a la hora de su muerte su fortuna había desaparecido inexplicablemente. Solo uno de sus retratos, se suponía, escapó a la destrucción general; yo lo había visto en casa de un coleccionista unos meses antes. Me causó una tremenda impresión, como le ocurre a todos cuantos lo contemplan... Un rostro que no se olvida nunca; y ahí estaba ese rostro, en la



miniatura que yacía en mi mano. Cierto que en la miniatura el hombre tenía unos pocos años más que en el retrato que yo había visto, o que el modelo original tenía en el momento de su muerte. ¡Pero unos pocos años!... Y entre la fecha en que floreció aquel temible noble y la fecha en que evidentemente fue pintada la miniatura había un intervalo de más de dos siglos. Mientras yo observaba fijamente la imagen, meditando en silencio, Mr. J\*\*\* dijo:

—¿Será posible? He conocido a este hombre.

—¿Cómo? ¿Dónde? —exclamé.

—En la India. Se había ganado la confianza del rajá de \*\*\*, y casi lo atrajo a una revuelta que podría haberle costado al rajá sus posesiones. El hombre era francés, se llamaba De V\*\*\*: listo, intrépido, rebelde; insistimos en que lo destituyeran y alejaran del país. Tiene que tratarse del mismo hombre, no puede haber dos rostros iguales a este, pero la miniatura parece que tenga casi cien años.

Mecánicamente, giré la miniatura para examinar el reverso y en él vi grabada una estrella de cinco puntas; en el centro de esta había una escalera cuyo tercer escalón lo formaba la fecha 1765. Tras un examen más minucioso, descubrí un resorte; al presionarlo, se abrió el reverso de la miniatura como una tapa.

Dentro estaban grabadas las palabras: «Mariana, para ti. Sé fiel en la vida y en la muerte a...».

Y seguía un nombre que no mencionaré, pero que no me era desconocido. En mi niñez lo había oído en labios de algunos viejos como el nombre por el que respondía un deslumbrante embaucador que causó gran sensación en Londres durante cosa de un año, y luego huyó del país bajo el cargo de doble asesinato cometido en su propia casa: el de su amante y su rival. No dije a Mr. J\*\*\* nada de esto, y le entregué a regañadientes la miniatura.

No habíamos tenido dificultad para abrir el primer cajón de la caja fuerte; sí tuvimos mucha dificultad para abrir el segundo: no estaba cerrado con llave, pero se resistía a cualquier esfuerzo hasta que insertamos en las hendiduras el filo de un cincel. Tras tirar del cajón y sacarlo de esa manera, encontramos un aparato muy singular que funcionaba con la mayor precisión.

Sobre un pequeño y delgado libro, o más bien libreta, había un platillo de cristal; el platillo estaba lleno de un líquido claro; en el líquido flotaba una especie de brújula, con una aguja que daba vueltas rápidamente, pero, en vez de los familiares puntos de la brújula, había siete extraños caracteres, no muy distintos a los que utilizan los astrólogos para representar a los planetas.

Un olor muy singular, aunque no fuerte ni desagradable, provenía de ese cajón, el cual estaba revestido con una madera que más tarde descubrimos era de avellano. Cualquiera que fuese la causa del olor, producía sobre los nervios un efecto material. Todos lo sentimos, incluso los dos obreros que nos acompañaban en la habitación: una progresiva sensación de hormigueo desde las puntas de los dedos a las raíces del cabello.

Impaciente por examinar la libreta, quité el platillo. Al hacerlo, la aguja de la brújula se puso a dar vueltas a una velocidad increíble; experimenté una conmoción que me recorrió todo el cuerpo y me hizo tirar el platillo al suelo. El líquido se derramó, el platillo se rompió, la brújula rodó hasta el fondo de la habitación y en ese mismo instante las paredes temblaron adelante y atrás, como si un gigante las zarandeara y sacudiese.

Los dos obreros se asustaron tanto que subieron corriendo la escalera por la que habíamos descendido desde la trampilla; pero al ver que nada más sucedía, los convencimos fácilmente de que regresaran.

Entre tanto, yo había abierto la libreta, que estaba encuadernada en pura piel de color rojo, con un broche de plata. Contenía solo una gruesa hoja de papel vitela, y en esa hoja estaban inscritas, dentro de una doble estrella de cinco puntas, unas palabras en

viejo latín monástico que, traducidas literalmente, dicen así:

Sobre todo cuanto se halle dentro del límite de estos muros, sensible o inanimado, vivo o muerto, ¡igual que la aguja se mueve, así obra mi voluntad! Que la casa sea maldita y no tengan paz quienes en ella moren.

No encontramos nada más. Mr. J\*\*\* quemó la libreta y su anatema. Demolió hasta los cimientos la parte del edificio que contenía la habitación secreta y el cuarto que había sobre ella. Entonces se atrevió a vivir en la casa durante un mes; no podía hallarse otra más tranquila y mejor acondicionada en todo Londres. Posteriormente, la alquiló a buen precio y no ha tenido quejas de su inquilino.

**P**ero mi historia aún no ha terminado. Hice una visita a Mr. J\*\*\* unos días después de mudarse. Conversábamos de pie junto a la ventana abierta. Un carromato, a la entrada, contenía algunos muebles que estaba trasladando desde su antiguo domicilio. Le acababa de exponer mi teoría de que esos fenómenos que se juzgaron por encima de lo terrenal habían emanado de un cerebro humano; y aduje el hechizo, o maldición más bien, que habíamos hallado y destruido.

Mr. J\*\*\* me replicaba con el siguiente comentario:

—Si el mesmerismo u otro poder análogo, comoquiera que se llame, actúa realmente así en ausencia de su ejecutor y produce efectos tan extraordinarios, ¿no continuarían los efectos una vez que este ha muerto? Pues si se obró el hechizo y, en efecto, se tapió la habitación hace más de setenta años, con toda probabilidad quien lo llevó a cabo habrá abandonado ya este mundo.

Mr. J\*\*\*, digo, me respondía de esta forma cuando lo tomé por el hombro y señalé hacia la calle.

Un hombre elegantemente vestido había cruzado la acera y estaba abordando al transportista del carromato. Su rostro, en aquella posición, quedaba justo frente a la ventana. Era el rostro de la miniatura que habíamos encontrado; era el rostro que tenía el retrato de aquel noble de hace tres siglos.

—¡Santo cielo! —exclamó Mr. J\*\*\*—. ¡Es el rostro de De V\*\*\*, y apenas un día más viejo que cuando lo vi en la corte del rajá en mi juventud!

Tuvimos la misma idea, y ambos nos apresuramos a bajar. Llegué el primero a la calle, pero el hombre ya se había ido. Alcancé a verlo a unos metros de distancia, y en un momento estuve a su lado.

Había decidido hablarle; cuando lo miré a la cara, sentí que era imposible. Aquellos ojos —los ojos de serpiente— se clavaban y me fascinaban. Y, junto a eso, había en torno a su persona una dignidad, un aire de orgullo y alcurnia y superioridad, que hubiera hecho dudar a cualquier conocedor de los usos mundanos antes de permitirse una libertad o una impertinencia.

¿Y qué podía decirle? ¿Qué podía preguntarle?

Avergonzado de mi primer impulso, retrocedí unos pasos, aunque seguí tras el desconocido sin decidirme a hacer otra cosa. Mientras tanto, él dobló la esquina de la calle; un carruaje franco lo aguardaba, con un criado de librea a la puerta vestido como un *valet de place*. En un momento entró en el carruaje y este se alejó. Regresé a la casa.

Mr. J\*\*\* continuaba a la puerta. Había preguntado al transportista qué le había dicho aquel desconocido.

—Quiso saber nada más a quién pertenecía la casa ahora.

Esa misma noche resultó que fui al centro con un amigo, a un local llamado Cosmopolitan Club, un sitio abierto a hombres de todos los países, opiniones y rango social. Cada cual pide un café y se fuma un cigarro. Y puede estar seguro de encontrarse siempre con personas agradables, a veces notables.

No llevaba ni dos minutos en la sala cuando vi en una mesa, hablando con un conocido mío a quien designaré mediante la inicial G\*\*\*, a aquel hombre, el original de la miniatura. No llevaba sombrero y el parecido resultaba aún más asombroso, salvo que mientras conversaba había menos severidad en su semblante; se apreciaba hasta una sonrisa, aunque muy tranquila y muy fría. Aquel porte de dignidad que me llamó la atención en la calle era también más acentuado; equiparable a la dignidad con que se inviste algún príncipe de oriente y da idea de indiferencia suprema y poder acostumbrado, obvio, impasible pero irresistible.

Al poco rato, G\*\*\* abandonó al desconocido, el cual se puso a hojear una revista

científica que pareció absorber toda su atención.

Me acerqué a G\*\*\*.

—¿Quién es aquel caballero y qué ocupación tiene?

—¿Aquel? Oh, un hombre notabilísimo, sin lugar a dudas. Lo conocí el año pasado entre las cuevas de Petra, en el país al que las Escrituras llaman Edom. Es el erudito más versado en cultura de Oriente que yo pueda señalar. Seguimos camino juntos y tuvimos un lance frente a unos ladrones, donde su serenidad nos salvó la vida; luego me invitó a pasar un día con él en la casa que había comprado en Damasco, enterrada entre flores de almendro y rosas... ¡Hermosísima! Residía allí desde hacía tiempo, igual que si fuese oriental y con un modo de vida grandioso.

»Tengo mis sospechas de que se trata de un renegado, inmensamente rico y muy extraño; y, a propósito, un gran mesmerizador. Lo he visto con mis propios ojos producir efectos sobre cosas inanimadas. Si usted saca del bolsillo una carta y la arroja al otro extremo de la habitación, él ordena que se acerque a sus pies, y usted ve cómo la carta serpentea por el suelo hasta que acaba de cumplir la orden. Por mi honor que es verdad; hasta lo he visto influir en el tiempo: dispersa o junta las nubes valiéndose de un tubo o varita de cristal. Pero no le gusta hablar de esos asuntos con desconocidos. Acaba de volver a Inglaterra; dice que no ha pasado muchos años aquí; permítame que se lo presente.

—¡Por supuesto! Entonces, ¿es inglés? ¿Qué apellido tiene?

—¡Oh! Uno muy castizo: Richards.

—¿Y cuál es su linaje, su familia?

—¿Cómo voy a saberlo? Además, ¿qué importa? Sin duda, algún *parvenu*; pero rico, ¡infernamente rico!

Me aproximé al desconocido en compañía de G\*\*\*, y este nos presentó. Los modales de Mr. Richards no eran los de un intrépido viajero. Los viajeros suelen estar dotados de mucha vitalidad; son habladores, entusiastas, apremiantes. Mr. Richards era indolente y de tono apagado, y sus modales resultaban fríos por la altivez de cierta cortesía puntillosa: los modales de una época ya pasada.

Observé que su inglés no era exactamente el de nuestros días. Habría asegurado incluso que tenía un leve acento extranjero. En todo caso, Mr. Richards señaló que llevaba años sin poder hablar apenas su lengua materna.

La conversación fue a caer sobre los cambios que habían variado el aspecto de Londres desde que él visitó la metrópoli por última vez. Luego G\*\*\* la desvió hacia los cambios morales: literarios, sociales, políticos; los grandes hombres que habían salido de escena durante los últimos veinte años y los nuevos que iban incorporándose.

Mr. Richards no mostraba al respecto el menor interés. Evidentemente, no había leído a ninguno de nuestros autores vivos y parecía poco familiarizado con nuestros estadistas más jóvenes. Una vez, solo una, se rio; cuando G\*\*\* quiso saber si tenía pensado ingresar en el Parlamento; y la risa fue para su interior, sarcástica, siniestra... Una mueca despectiva que se transformó en risa.

Al cabo de unos minutos, G\*\*\* se fue a saludar a unos conocidos que acababan de entrar en la sala, y entonces dije en voz baja:

—He visto una miniatura de usted, Mr. Richards, en la casa donde una vez vivió y que tal vez construyó (si no toda, al menos una parte) en Oxford Street. Esta mañana pasó usted por allí.

Hasta que no terminé la frase, no alcé la mirada hacia sus ojos; y entonces él los clavó en mí tan resueltamente que no pude eludirlos... Aquellos fascinadores ojos de serpiente. De modo involuntario, como si las palabras que declaraban mi pensamiento se me sacasen a la rastra, añadí en un susurro:

—He estudiado los misterios de la vida y la naturaleza; he conocido a los maestros ocultos de esos misterios. Tengo derecho a hablarle así.

Y pronuncié determinada contraseña.

—Está bien, reconozco ese derecho. Dígame qué es lo que desea preguntar.

—¿Hasta qué límite alcanza la voluntad humana en ciertas naturalezas?

—¿Hasta qué límite alcanza el pensamiento? ¡Piense, y antes de respirar está usted en China!

—Así es, pero mi pensamiento carece de poder en China.

—Dele expresión y quizá lo tenga. Escriba un pensamiento y, tarde o temprano, podría alterar toda la condición de China. ¿Qué es una ley sino un pensamiento? Luego el pensamiento es infinito. Luego el pensamiento tiene poder; no en proporción a su valor: un mal pensamiento es capaz de crear una ley mala tan poderosa como un buen pensamiento una buena.

—Sí; lo que usted dice confirma mi teoría. Mediante corrientes invisibles, un cerebro humano puede transmitir sus ideas a otros cerebros humanos con la misma rapidez que lo hace un pensamiento enunciado por medios visibles. Y como el pensamiento es imperecedero y deja un sello tras de sí en el mundo natural, aunque quien lo tuvo haya abandonado este mundo, la mente de un hombre vivo podría despertar y resucitar los pensamientos que albergó un muerto, como si *tuvieran vida*; pero no alcanzar los pensamientos que un muerto albergue *ahora*. ¿No es así?

—Declino ofrecer una respuesta, si bien a mi juicio el pensamiento tiene el límite que usted le quiera fijar. Pero continúe; hay una cuestión especial que quiere usted formularme.

—Una voluntad intensa que sea de una intensa malignidad, engendrada en un temperamento concreto y ayudada por medios naturales dentro del alcance de la ciencia, podría causar efectos como los que antaño se atribuían a la magia dañina. Podría atormentar los muros de una casa con reanimaciones espectrales de cuantos pensamientos de culpa y hechos culpables se concibieron y ejecutaron dentro de esos muros; de todo aquello, en suma, con lo que el mal reivindique un *rapport* y una afinidad... Imperfectos, incoherentes, fragmentarios episodios de los viejos dramas representados allí hace años.

»Pensamientos que se cruzan al azar, como en una pesadilla o una visión, y se convierten en apariciones y sonidos fantasmales cuyo único fin es el de crear horror; pero esas apariciones y sonidos no son en verdad manifestaciones de un mundo externo, sino espantosas, monstruosas repeticiones de cuanto acaeció en este mundo, que un perverso mortal hace representar malignamente. Y es mediante la intercesión de ese cerebro humano como aquellas cosas adquirirían incluso un poder humano; podrían golpear como una descarga eléctrica, y podrían matar si la razón de la persona hostigada no se elevase por encima de la dignidad del asaltante; podrían matar al animal más poderoso, enervado a causa del pánico, pero no lograrían dañar al hombre más débil si, mientras su carne tiembla, su razón permanece ajena al miedo.

»Así, cuando en las viejas historias leemos que un mago fue hecho pedazos por los demonios que invocó o, todavía más, en las leyendas orientales, que un mago gracias a sus poderes logró destruir a otro, podría resultar igualmente cierto que un ser material haya investido, a partir de su maligna inclinación, de formas tremendas y fuerza terrorífica ciertos elementos y fluidos por lo general inactivos o inofensivos; lo mismo que el rayo, que yacía oculto e inocente dentro de la nube, se hace de pronto visible por ley natural, adquiere una forma nítida a la vista y causa la destrucción del objeto al que es atraído.

—No le faltan a usted vislumbres de un poderoso secreto —dijo Mr. Richards sin inmutarse—. Según su punto de vista, si un mortal obtuviera el poder del que habla, necesariamente se trataría de un ser maligno y perverso.

—Muy maligno y perverso, en el caso de que tal poder se ejercitara como he dicho; aunque tengo fe en las tradiciones antiguas de que no lograría dañar a los buenos. Su

voluntad podría dañar solo a aquellos con quienes esta ha entablado una afinidad o a aquellos sobre quienes logra ejercer un influjo irresistible. Imaginaré un caso que, aunque quizá se encuentra dentro de las leyes de la naturaleza, parecería tan descabellado como las fábulas de un monje perplejo.

»Recordará usted que Alberto Magno, tras describir minuciosamente el proceso por el cual se invocan y gobiernan los espíritus, añade con énfasis que tal proceso solamente instruye y sirve a unos pocos; que *¡un hombre debe nacer mago!* Es decir, con un temperamento físico peculiar, igual que un hombre nace poeta.

»Los hombres en cuya constitución acecha ese poder oculto rara vez tienen un intelecto de orden superior; en su intelecto suele haber alguna anomalía, perversidad o enfermedad. Por otra parte, deben de poseer en grado asombroso la facultad de concentrar la mente en un único objeto: la facultad activa que llamamos voluntad. Así pues, aunque su intelecto no esté sano, tiene una potencia descomunal para obtener lo que desea. Imaginaré una persona así, preeminentemente dotada con esa constitución y sus fuerzas concomitantes. La colocaré en los estratos más altos de la sociedad.

»Supondré que sus deseos son enfáticamente los de un sensualista; por tanto, posee un amor tenaz por la vida. Es un absoluto ególatra; su voluntad se concentra en sí mismo; tiene pasiones violentas; no conoce afectos duraderos ni sagrados, pero es capaz de codiciar ávidamente lo que por el momento desea. Puede odiar de forma implacable a cuanto se oponga a sus fines; puede cometer crímenes espantosos sin apenas remordimiento; para expiar sus fechorías, no recurre a la penitencia sino a que la maldición caiga sobre otros. Las circunstancias a las que su constitución lo dirige le proporcionan un raro conocimiento de los secretos naturales, que puede resultar útil a su egolatría. Es un observador estricto allí donde sus pasiones alientan la observación; es un calculador minucioso, no por amor a la verdad, sino cuando el amor propio aguza sus facultades; por lo tanto, puede hacerse un hombre de ciencia.

»Supongo que alguien semejante, una vez que ha aprendido y ejercitado el poder de sus artes a través de otros, procura averiguar el poder de la voluntad sobre su propio cuerpo, y estudia cuanto en la filosofía natural haya para acrecentar ese poder. Ama la vida, teme a la muerte; *quiere seguir viviendo*. No puede recobrar la juventud; no puede frenar del todo el progreso de la muerte; no puede hacerse inmortal en carne y hueso. Pero sí logra detener, durante un espacio tan largo que parecería increíble si lo mencionara, el endurecimiento de los órganos que constituye la vejez.

»Un año no logra envejecerlo más que una hora a otro. Su intensa voluntad, científicamente adiestrada dentro del organismo, opera, en suma, sobre el desgaste de su propio cuerpo. Sigue viviendo. Con el fin de que no lo consideren un prodigio o un milagro, *muere* de tarde en tarde, aparentemente, para ciertas personas. Una vez que ha planeado el traspaso de una fortuna que satisfaga sus apetitos, desaparece de cualquier rincón del mundo y consigue que se celebren sus exequias.

»Reaparece en otro rincón del mundo, donde reside sin que lo descubran, y no visita el escenario de su anterior episodio hasta que todos cuantos pudieran recordar sus rasgos hayan fallecido. Sería profundamente miserable si tuviese afectos; no tiene ninguno, excepto por sí mismo. Nadie que sea bueno aceptaría su longevidad; y a nadie, bueno o malo, querría o podría comunicar su verdadero secreto.

»Cabe la posibilidad de que exista semejante hombre; un hombre como el que he descrito está ahora frente a mí... Duque de \*\*\* en la corte de \*\*\*, dividió usted el tiempo entre la lujuria y las pendencias, entre alquimistas y hechiceros; más tarde, el siglo pasado, embaucador y criminal con un apellido de menor alcurnia, domiciliado en la casa que vigilaba hoy, escapó usted de la ley contra la que había atentado, nadie supo adónde; ahora, viajero una vez más, vuelve a visitar Londres con la misma pasión terrenal que hinchó su corazón cuando generaciones ya desaparecidas caminaban por esas calles de ahí afuera; prófugo de la escuela de los misterios más nobles y divinos.

Execrable imagen de la vida en muerte y de la muerte en vida, ¡le advierto que se aleje de las ciudades y hogares de los hombres sanos! ¡Que retorne a las ruinas de los imperios difuntos! ¡A los desiertos de la naturaleza no redimida!

En este punto me respondió un susurro tan musical, tan potentemente musical, que pareció invadir todo mi ser y aplacarme pese a mí mismo. Así dijo:

—Busqué a alguien como usted durante los últimos cien años. Ahora que lo he encontrado, no lo dejaré marchar hasta saber lo que deseo. La visión que mira hacia el pasado y penetra a través del velo del futuro se halla dentro de usted en esta hora... Nunca antes fue así, nunca más lo será. No la visión de una muchacha plañidera y fantástica, ni la de un sonámbulo en su lecho de enfermo, sino la de un hombre fuerte con un cerebro vigoroso. ¡Remonte el vuelo y mire hacia el porvenir!

Mientras él hablaba, noté como si me elevase fuera de mí mismo llevado por unas alas de águila. El peso parecía ausente del aire; no tenían techo la habitación ni la cúpula del espacio. No estaba dentro de mi cuerpo... Ignoraba dónde; pero por encima del tiempo, de la tierra.

De nuevo oí el susurro melodioso:

—Habló usted acertadamente. He dominado grandes secretos con el poder de la voluntad. Así es, mediante la voluntad y la ciencia puedo retrasar la acción del tiempo; pero la muerte no llega con la vejez. ¿Puedo frustrar los accidentes que ocasionan la muerte a los jóvenes?

—No; todo accidente es una providencia. Ante una providencia, cualquier voluntad humana ha de quebrarse.

—¿Moriré al fin, dentro de muchas épocas, debido al paulatino pero inevitable correr del tiempo, o a causa de lo que llamo un accidente?

—A causa de lo que llama un accidente.

—¿Aún está lejos ese final? —preguntó el susurro, con un ligero temblor.

—Según se considera el tiempo en mi vida, aún está lejos.

—¿Y, mientras no llegue esa hora, me mezclaré con el mundo de los hombres tal y como hice antes de aprender mis secretos? ¿Volveré a tener un vivo interés por sus conflictos y problemas? ¿Batallaré con ambición y usaré el poder de los sabios para triunfar sobre el poder que pertenece a los reyes?

—Todavía le queda por representar en la tierra un papel que la colmará de tumulto y asombro. Con fines prodigiosos, se le ha permitido a usted (un prodigio en sí mismo) vivir a través de las centurias. Todos los secretos que ha guardado tendrán entonces su utilidad; todo aquello que ahora lo convierte en un extraño entre las generaciones contribuirá entonces a hacerlo su señor. Igual que los árboles y la paja sienten la atracción del remolino, dan vueltas y son aspirados a lo más profundo de él, y luego el torbellino los impulsa hacia arriba, de ese mismo modo las razas y los tronos se sentirán atraídos hacia el vórtice de usted. ¡Terrible destructor! Pero, al destruir, convertido, pese a su propia voluntad, en constructor.

—Y esa fecha, ¿también está lejana?

—Lejana; ¡cuando llegue, piense que su final en este mundo se acerca!

—¿Cómo y cuál es el final? Mire hacia el este, el oeste, el sur y el norte.

—En el norte, donde nunca pisó, rumbo al punto contra el que sus instintos lo han prevenido; allí un espectro lo atraparé. ¡Es la Muerte! Veo un buque; está hechizado, ¡lo persiguen!, sigue adelante. Una flota desconcertada navega en pos de él. Entra en la región del hielo. Atraviesa un firmamento rojo de meteoros. Dos lunas están quietas en lo alto, sobre riscos glaciales. Veo al buque encerrado entre desfiladeros blancos; son rocas heladas. Veo a los muertos dispersarse por las cubiertas, rígidos y lívidos, con las extremidades llenas de moho verde. Todos están muertos, excepto un hombre... ¡usted! Los años, aunque transcurrieran tan lentos, lo han deteriorado. Su frente muestra las señales de la vejez, y la voluntad se ha distendido en las células de

su cerebro. Pero esa voluntad, aunque más débil, excede a todo cuanto el hombre conoció antes; sobrevive gracias a la voluntad, roído por el hambre. Y la naturaleza no lo obedece ya, en esa región donde la muerte se extiende; el firmamento es de hierro, y el aire tiene abrazaderas de hierro, y las gélidas rocas hienden la embarcación. ¡Escuche cómo se parte y cruje! El hielo se incrusta, igual que el ámbar en una vara. Y un hombre, aún vivo, abandona el barco y a sus muertos; y trepa por la punta de un iceberg mientras las dos lunas miran hacia abajo y contemplan su silueta. Ese hombre es usted, y sobre usted se cierne... el terror; y el terror devora su voluntad.

»Y por la escarpada roca de hielo suben, arremolinándose, cosas grisáceas, pardas. Los osos del norte han olfateado a su víctima; se aproximan cada vez más, arrastrando los pies, balanceando sus enormes cuerpos. Cada instante de ese día le parecerá más dilatado que los siglos por los que cruzó. Tenga esto en cuenta: después de la muerte, el tiempo incesante fabrica la dicha o el infierno de la eternidad.

—¡Cállese! —dijo el susurro—. Pero ese día, asegura usted, queda lejos, ¡muy lejos! ¡Retorno a los almendros y rosas de Damasco! ¡Duerma!

La habitación flotó ante mis ojos. Perdí el conocimiento. Al reanimarme, vi que G\*\*\* sujetaba mi mano y sonreía. Dijo:

—Usted, que siempre se consideró una prueba en contra del hipnotismo, ha sucumbido al fin ante mi camarada Richards.

—¿Dónde está Mr. Richards?

—Se ha marchado cuando usted entró en trance; y me dijo en voz baja: «Su amigo no despertará hasta dentro de una hora».

Pregunté, lo más serenamente que pude, dónde se alojaba Mr. Richards.

—En el Trafalgar Hotel.

—Deme su brazo —dije a G\*\*\*—. Vayamos a verlo. Tengo algo que decirle.

Cuando llegamos al hotel, nos informaron de que Mr. Richards había regresado veinte minutos antes; pagó su cuenta, dio instrucciones a su sirviente (un griego) para que hiciera las maletas con sus efectos personales y prosiguió rumbo a Malta. Tenía pensado tomar el buque de vapor que salía de Southampton al día siguiente. Respecto a sus movimientos, Mr. Richards mencionó que le faltaban por hacer algunas visitas en los alrededores de Londres y no estaba seguro de si llegaría a Southampton a tiempo de embarcar; de no ser así, se iría en el siguiente vapor.

El recepcionista preguntó cómo me llamaba. Tras decírselo, me entregó una nota que Mr. Richards había dejado para mí en caso de que fuera a verlo.

La nota decía lo siguiente:

Deseé que enunciase sus pensamientos. Obedeció. Por lo tanto, he establecido dominio sobre usted. Durante tres meses a partir de hoy, no puede comunicar a ningún hombre vivo lo que sucedió entre nosotros. Ni tampoco enseñarle esta nota al amigo que lo acompaña. Por espacio de tres meses, absoluto silencio respecto a mí y mis asuntos. ¿Duda de mi poder al imponerle esta orden? Pruebe a desobedecerme. Al cabo del tercer mes, se levanta el hechizo. Por lo demás, lo dejo libre. Visitaré su tumba cuando lleve dentro de ella un año y un día.

Así finaliza esta extraña historia; no pido a nadie que la crea. La puse por escrito justo a los tres meses de recibir la nota que hay más arriba. No fui capaz de escribirla antes; ni de mostrarle a G\*\*\*, aunque lo solicitó insistentemente, la nota que leí a su lado bajo la lámpara de gas.





EDWARD BULWER-LYTTON fue un político, poeta y crítico británico, además de un novelista prolífico. Nació en Londres en 1803, en el seno de una prominente familia. Niño delicado y neurótico, pero muy precoz, a los 15 años había publicado un libro, aunque de escasa calidad: *Ishmael and other Poems*. Estudió en el Trinity College, en Cambridge y frecuentó la alta sociedad en calidad de dandy. En 1827, contra los deseos de su madre, se casó con la irlandesa Rosina Doyle Wheeler. Debido a los lujosos gastos del matrimonio, Edward tuvo que trabajar y se convirtió en un fecundo y exitoso autor, en la misma medida que Dickens o Thackeray. Publicó novelas, poemas, obras de teatro, ensayos, cuentos, traducciones y volúmenes de historia. Su matrimonio resultó no solo un fracaso, sino además un auténtico escándalo. Rosina denunció en diversos escritos el comportamiento de su marido, y él le retiró su asignación y le negó ver a sus hijos. En 1831 resultaría elegido para el Parlamento, puesto que conservó durante nueve años. Poco después publicaría la obra que lo consagraría, *Los últimos días de Pompeya* (1834), el único de sus títulos que perduró. Aun así, es autor de una gran cantidad de relatos y novelas macabras, a reivindicar, como *Zanoni* (1842), el presente *La casa y el cerebro* (1859), conocida también como *The Hunters and the Haunted*, y que está considerado por autores de la talla de Lovecraft como el mejor cuento de casas encantadas jamás escrito, o *A Strange Story* (1862). Para entonces, su fama era tal que ese mismo año, tras la abdicación del rey Otto de Grecia, le fue ofrecida la corona griega, que él rechazó. En 1866, Bulwer-Lytton ascendió a la nobleza como primer Barón Lytton. Falleció el 18 de enero de 1873 de una infección de oído que le afectó al cerebro y le ocasionó un ataque.